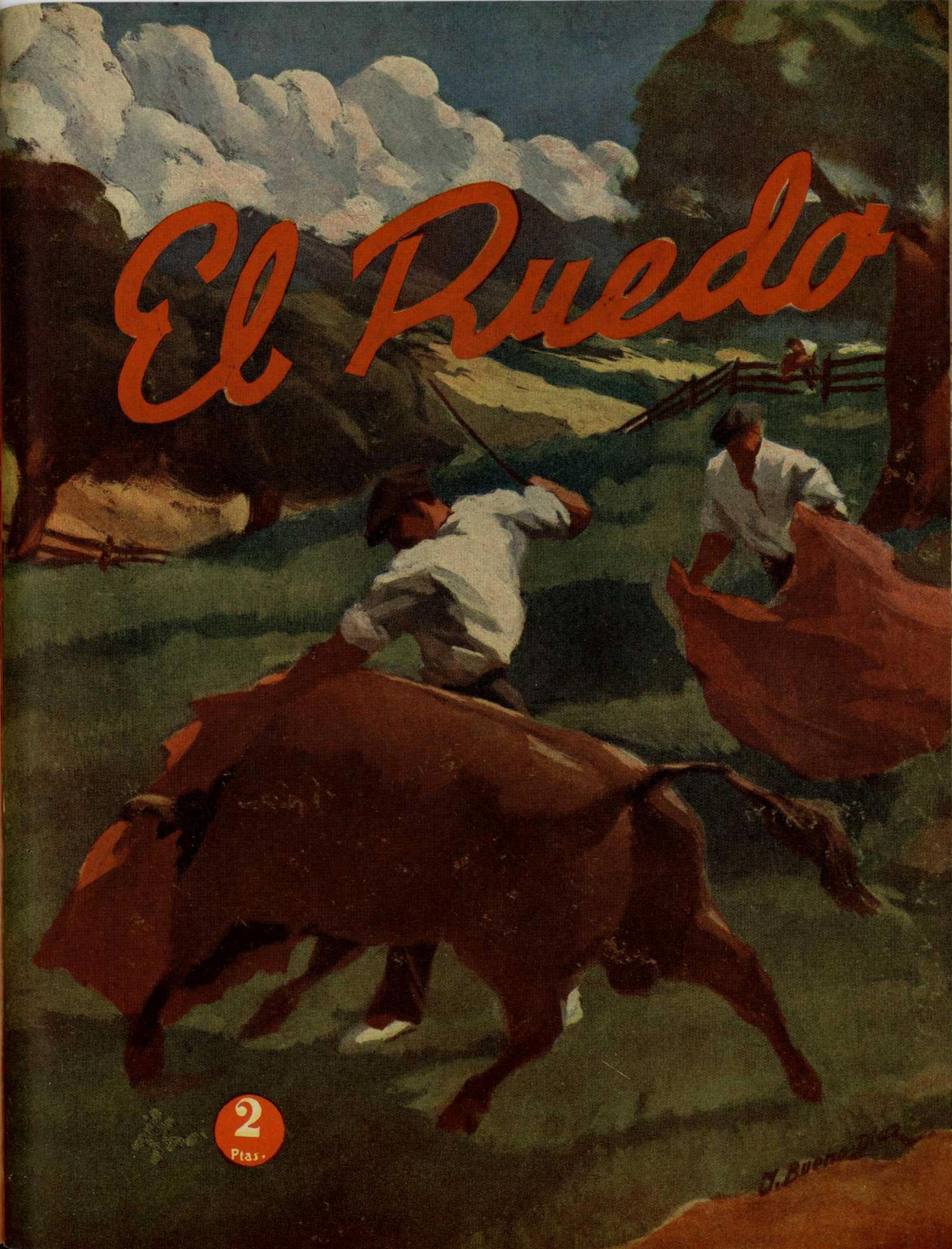


El Ruedo



2
Ptas.

J. Buena Vista



JAAVEDRA

Tranquilidad en el campo



Dibujos: MANUEL CASANOVA

El Ruedo

Semanario gráfico de los toros

FUNDADO POR MANUEL FERNANDEZ CUESTA

Dirección: Fernán González, 28.—Teléfs. 265091-265092

Administración: Alfonso XII, 26.—Teléf. 214460

Año IV - Madrid, 11 de diciembre de 1947 - N.º 181

CADA SEMANA

De RAFAEL "EL GALLO" a PAQUITO MUÑOZ, pasando por PACO MADRID y DOMINGO ORTEGA

GREGORIO Corrochano, el ilustre maestro de la crítica taurina, ha llamado a la Plaza de Toros de Melilla «la Mezquita del toreo». Más, probablemente, por su carácter y el lugar de su emplazamiento que por su solera taurina; que la Plaza de Melilla está recién inaugurada, aunque ya se ocurrieron en ella acontecimientos importantes, y hasta en su historia registra una cogida importante: la que sufrió en septiembre pasado Luis Miguel Dominguín.

Peró como una especie de confirmación de lo que la Plaza de Melilla —una más ganada para la Fiesta— puede ser; como el «espaldarazo» o la alternativa, Corrochano ha organizado allí el domingo un festival que ha venido a ser como resumen de una etapa larga de la historia de los toros. En la Plaza de Melilla se han reunido desde Rafael «el Gallo», vieja gloria del toreo, hasta el más moderno de los matadores de toros, Paquito Muñoz, y entre uno y otro extremo, Paco Madrid, que tuvo su momento espléndido de estoqueador, y Domingo Ortega, que enlaza diferentes períodos de transición y que mantiene su pabellón entre la diversidad de las escuelas.

La presencia de Rafael «el Gallo», que presidía, y la de Paco Madrid, que asesoraba, fué un mo-

mento de evocación simpática, que recoge la fotografía. El cronista de «El Telegrama del Rif» —Tomás Salgado— la relata así:

«Tuvo algo la Fiesta que quien esto escribe no quiere dejar de resaltar. Nos referimos a la presencia de Rafael, «el Gallo», en el ruedo. Porque lo quiso Corrochano, el viejo maestro, vino a Melilla a consagrar definitivamente, con su garboso andar sobre la arena, la que el gran periodista llamó Mezquita del toreo. Porque aunque hayan venido y continúen viniendo las indiscutibles figuras de la Fiesta, nuestra Plaza de Toros ha adquirido la máxima jerarquía, desde el instante en que Rafael, «el Gallo», apareció en el redondel. Con él era toda la gloriosa historia del toreo la que ve-

Desfile de las cuadrillas que tomaron parte en el festival celebrado en Melilla el domingo

nía a darle el más alto rango. Por ello, fué de verdadera emoción el momento en que Rafael, clásica estampa de torero, que no sabe andar por la vida sin la rizada camisa, cerrada por pasadores de oro y esmeraldas, correspondía a las cálidas ovaciones del público, que agradecía así la cooperación que al benéfico festival prestaban Rafael y otro viejo torero, asimismo notabilísimo, Paco Madrid, el recto estoqueador que ejecutó con belleza y gallardía imponderables la suerte del volapié, uniendo su nombre a dos que destacaron sobremedera en el momento supremo de la lidia, don Luis Mazzantini y el señor José, «el Algabeño».

Durante largo rato, «el Gallo» y Paco Madrid vieron, emocionados, cómo el gentío les expresaba su gratitud y tributaba homenaje a sus glorias pasadas, a las que las multitudes, poseídas por su arte y por su valor, se rindieran en tantas tardes de triunfo.»

...

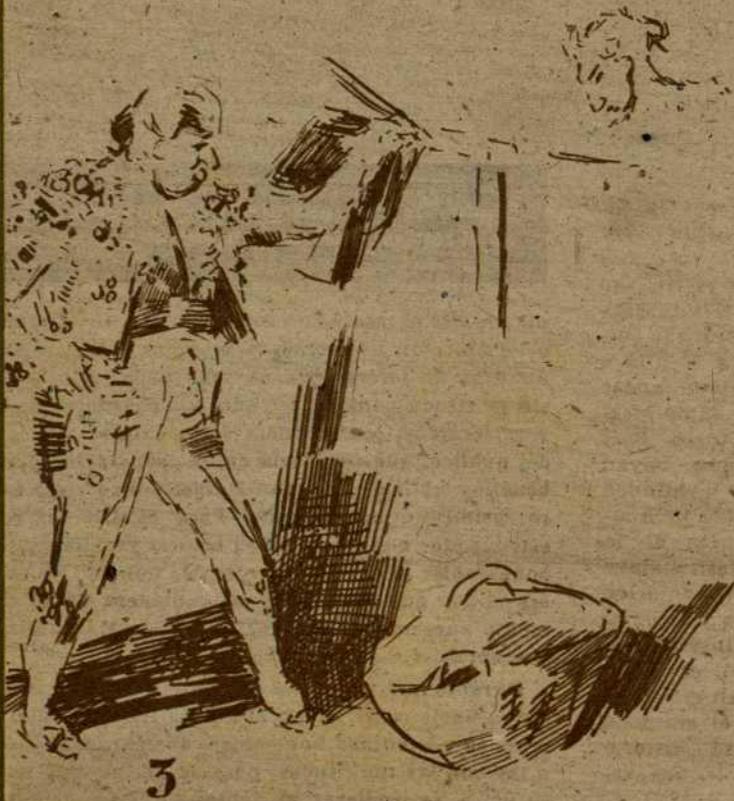
No es que vayamos ahora a hacer una exaltación de los festivales, tan discutidos; pero éste ha servido, aparte de a un fin benéfico, para que en la Plaza de Melilla aparezca una vieja estampa en que «el Gallo» y Paco Madrid viven sus recuerdos y los diestros jóvenes sus esperanzas.



Rafael, «el Gallo», y Paco Madrid —dos viejas glorias— saludan desde el centro del ruedo

(Fotos Alpuente)

AYER Y HOY, por ANTONIO CASERO



Subalternos con personalidad que sirvieron las
banderillas a grandes maestros

- | | |
|------------------|-------------------|
| 1. "El Lechuga" | 3. "Gabriel"... y |
| 2. "El Buñolero" | 4. "Chatillo" |



Doña Prudencia Bañuelos (Foto Almazán)

Así, en ese plan, se desarrollaban las conversaciones entre ganadera y mayoral. Porque doña Prudencia, ligada a varias generaciones de criadores de toros, conocía al dedillo los secretos del campo y de las reses. Dotada además de gran temperamento y fuerte espíritu; señora de su casa, decidida, inteligente administradora de su hacienda y, por tradición, aficionada a los toros, supo, si no aumentar, sí, al menos, conservar el prestigioso cartel de una de las ganaderías más antiguas de España.

El origen de dicha ganadería se remontaba a la segunda mitad del siglo XVII. Por aquel tiempo, el rico hacendado y vecino de Colmenar Viejo, don José Rodríguez, poseía una numerosa piara de vacas, entre las que había bastantes bravas. Su hijo don Pedro, años después, escogió las más ariscas y fieras, así

Prudencia, don Julián y don Manuel Bañuelos Salcedo.

No se sabe por qué motivos doña Prudencia enajenó al poco tiempo su porción; pero posteriormente don Manuel, que había logrado afinar el tipo de los toros y mejorarlos en alzada con unos sementales de don Dámaso de la Morena, cedió la ganadería a su hermana, quien ya hasta su muerte la hubo de retener y cuidar con todo cariño e interés.

Cerca de treinta años se lidiaron los renombrados colmenareños de Bañuelos a nombre de doña Prudencia, representada en la última etapa de su vida por sus hijos don Manuel y don Pablo, pero sin abdicar aquella señora de sus tradicionales derechos ni dejar de estar bien informada de cuanto con la ganadería se refería.

Los toros de Bañuelos se caracterizaron por su trapío y bravura. Fueron de regular alzada y no exagerada cabeza, y ordinariamente de pelo retinto, aunque también salían algunos negros.

Observando los hijos de doña Prudencia que los toros iban perdiendo algo de sus principales características, determinaron, con la

GANADEROS DE ANTAÑO

Doña Prudencia Bañuelos

CASI todos los días, al cerrar la noche, Ceferino Martín, "el Coriano", jinete en súfrida y ágil cabalgadura, llegaba a la antigua plaza de la Constitución de Colmenar. Detenía ante la casa señalada con el número 6, apeábase del jaco, sujetaba las riendas en la reja de uno de los ventanales, y, penetrando en la vivienda, aguardaba en el amplio portalón.

Era una costumbre, y obligación al mismo tiempo, que venía repitiendo hacía muchos años. Quizá desde el mismo día en que, retirado de la profesión de varilarguero, hubo de entrar de mayoral o ponocedor — por ser hombre entendido en el cuidado y crianza del ganado bravo — en la acreditada vacada colmenareña de don Manuel Bañuelos Salcedo.

Y bien a paso de andadura, bien al trote largo, partía "El Coriano" de la dehesa "El Zahurdón", del "Prado de la Doctora", de la "Cerca del Fraile", del "Arroyo del Espino" o de cualquier otro cercado, para dar a conocer a doña Prudencia, — como anteriormente a don Manuel — las novedades de la jornada.

—¿Da "osté" su "premisó"? — solicitaba "El Coriano" con marcado acento andaluz, al decirle la moza de servicio que el ama le aguardaba en el despacho.

—Pasa, Ceferino, pasa. ¿Qué hay de particular? — inquiría doña Prudencia Bañuelos, viuda desde muy joven del notario don Valentín Ugalde, acompañada por sus hijos la mayoría de las veces.

Y el mayoral, respetuosamente en pie ante la señora, girando entre sus manos el sombrero de ala ancha, después de relatar minuciosamente a la ganadera lo más interesante, iba respondiendo a cuantas preguntas aquella le formulaba.

—¿Tienen las vacas suficiente pasto todavía en los prados del arroyo?

—Las sobra "comía", señora. Hay sitios en que la hierba las llega a la tripa. "Asín" están ellas de "lusías".

—¿Continúa el toro "Peluquero" pegando a los demás?

—A ese "malaje" hay que largarle "dese-guía". Mismamente esta mañana le he "separao" con dos bueyes en la cerca de los fresnos, "pa" evitar una "esaborisión". Y si a "osté" le "parese, poemas" echarle "pa Madrid".

—No está mal; porque bravo resultó en la tiente y con nota superior lo tengo anotado en el libro. Mira: "Peluquero", retinto oscuro, número 36, hijo de "Garboso" y "Peluquera". Tentado de eral, tomó seis puyazos, arrancándose con alegría y demostrando bravura.

—¿No me he de acordar!...

Otras visitas de "El Coriano" eran, a su regreso, por ejemplo, de Madrid, La Coruña, Santander, Alicante, Barcelona, Zaragoza..., poblaciones en las que las reses de Bañuelos tenían buen cartel y en cuyas Plazas se lidiaba alguna corrida de la divisa azul turquí cada temporada. Y entonces el escueto telegrama de Ceferino a la dueña, a raíz de la terminación del espectáculo, requería amplia explicación a instancias de doña Prudencia: ¿Número de vacas que tomó cada toro? ¿Volvió alguno la cara? ¿Se arrancaron desde largo y recargaron con codicia? ¿Cuántos caballos mataron?...



Un buen ejemplar de doña Prudencia Bañuelos en el campo colmenareño.

como también machos de la misma raza, y con estos elementos quedó formada la vacada. Al fallecimiento de don Pedro, heredó las reses su hijo, el clérigo don Manuel Rodríguez, excelente aficionado, quien consiguió que sus toros fuesen muy solicitados para lidiarse en las principales Plazas, por ser de los más bravos y famosos de Castilla en el último tercio del siglo XVIII. A la muerte de don Manuel Rodríguez, la ganadería se dividió por mitad entre sus sobrinas doña Manuela y doña María Rodríguez, casada la primera con don Juan Bañuelos Fonseca, y la segunda, con don Pedro Laso Rodríguez.

Pero sigamos la trayectoria de la parte correspondiente a doña Manuela, objeto de este historial, y que a nombre de su esposo figuró en los carteles desde el año 1786.

Del señor Bañuelos Fonseca pasó la ganadería a su hijo don Manuel Bañuelos Rodríguez, a cuyo nombre se corrieron toros por vez primera en la Plaza de Madrid la tarde del 25 de julio de 1813. Quiso mejorar las reses, y para ello adicionó a las vacas que ya poseía una punta de las precedentes de Granátula, a las que echó sementales de Gaviña y del Barbero de Utrera. Mas esa mezcla de sangres djó origen a notables desigualdades

en los productos, por lo que don Manuel Bañuelos Rodríguez volvió a seleccionar, con gran acierto, la primitiva y acreditada casta. Sucedióle su hijo don Pablo, y de éste heredaron la vacada sus hijos doña

Manuela y don Pablo, y de éste heredaron la vacada sus hijos doña Prudencia, don Julián y don Manuel Bañuelos Salcedo. No se sabe por qué motivos doña Prudencia enajenó al poco tiempo su porción; pero posteriormente don Manuel, que había logrado afinar el tipo de los toros y mejorarlos en alzada con unos sementales de don Dámaso de la Morena, cedió la ganadería a su hermana, quien ya hasta su muerte la hubo de retener y cuidar con todo cariño e interés.

Cerca de treinta años se lidiaron los renombrados colmenareños de Bañuelos a nombre de doña Prudencia, representada en la última etapa de su vida por sus hijos don Manuel y don Pablo, pero sin abdicar aquella señora de sus tradicionales derechos ni dejar de estar bien informada de cuanto con la ganadería se refería.

Los toros de Bañuelos se caracterizaron por su trapío y bravura. Fueron de regular alzada y no exagerada cabeza, y ordinariamente de pelo retinto, aunque también salían algunos negros.

Observando los hijos de doña Prudencia que los toros iban perdiendo algo de sus principales características, determinaron, con la

anuencia de su madre, echar a las vacas un semental andaluz. Y en la primavera de 1914 pisó los pastos de "El Zahurdón" el toro "Africano", de Saltillo, que, al renovar la sangre de la antiquísima ganadería de Colmenar, cambió la estructura de los toros y sustituyó el pelaje clásico, retinto y melocotón, por el negro zaino o el mulato.

En 1920, los herederos de doña Prudencia vendieron toda la vacada al procurador de Avila, don Abelardo García Resina, quien, en 1926, la traspasó a don Leopoldo Abente, vecino de Madrid.

Y entre El Escorial y Villalba pastó tranquilamente, durante sus últimos diez años, la antigua y clásica vacada de Bañuelos, hasta que en agosto de 1936 el furor vésánico de las milicias la exterminó en su totalidad.

AREVA

«Guerrita», número 3. De la ganadería de doña Prudencia Bañuelos, y procedente de la cruce con el toro «Africano», de Saltillo, lidiado en la Plaza de Madrid el 4 de mayo de 1919. Fué muerto por Malla



YO no fui a Linares el 28 de agosto. Extrañó a muchos, incluso —conocedores de mi antigua y buena amistad con Manuel Rodríguez—, mi ausencia de aquella corrida, a la que tantos aficionados cordobeses, con justificado interés, habían acudido. Yo le había prometido a «Manolete», mes y pico antes —el 14 de julio precisamente, en Córdoba—, ir a verle actuar en el Puerto de Santa María el domingo 20 de julio. Y ocurrió la cogida del 16 en Madrid y no pudo bajar al Puerto. Nuevamente, anunciado para el domingo 31 de agosto en dicha Plaza, yo tenía verdadero interés en verle en el ruedo donde tan señalados triunfos había conquistado. Y no fui a Linares, precisamente por estar «descansado» para el domingo... Y no me arrepiento de ello.

Yo no creí nunca —en esa seguridad que siempre se tiene en los maestros del toreo, y que siempre falla, fatalmente— que a «Manolete» pudiera matarlo un toro. Mis dos impresiones mayores de la tragedia fueron: la primera, cuando el teléfono de mi domicilio me despertó de mi inquieto descanso, en la madrugada del 29, para traerme la infausta noticia de la muerte del gran amigo. La segunda, cuando en aquel medio día lluvioso, en las alturas de la Cuesta de la Cumbre, pasó ante mí la furgoneta que conducía los restos del genial torero hacia la tierra madre.

Recuerdo que inmediatamente después del fúnebre vehículo venía el coche azul del recién muerto espada, conducido por don Alvaro Domecq. Desde aquella fecha he tenido en varias ocasiones oportunidad de conversar con el noble caballero jerezano —excelentísimo señor, no sólo por sus bien merecidos títulos, sino también por la exquisitez de su condición y carácter—. He seguido de cerca su labor de sacrificio y de perseverancia y rectitud, de amor, de culto rendido a la memoria de una amistad; de silencio anónimo, en momentos en que tanto —y tanto!— se ha hablado y escrito, y no precisamente con el conocimiento de causa, con el pleno derecho y la ra-

zón elocuente y la verdad sincera con que don Alvaro puede hacerlo.

Pero yo no he querido hasta aquí distraer la atención de don Alvaro ni desviarle de esa su magnífica ejecutoria de cumplir el sagrado deber que se impuso para con el amigo muerto.

El señor Domecq me confesó alguna vez, hablando de ingratitudes y de incomprensiones:

—¿Qué mayor sufragio que éste puedo yo ofrecer a la memoria de mi amigo!

Por eso yo preferí dejar correr el tiempo, seguro de que, sin precipitaciones ni violencias, habría de deparárseme la ocasión oportuna de hablar con él de una manera reposada. Y he aquí que llegó el día en que la charla se celebró con la satisfacción por mi parte de ser yo el primer periodista a quien don Alvaro —él me lo asegura— ha querido hablar sobre tema tan interesante. La charla es larga y plena de evocaciones y de confesiones sincerísimas. Preguntas y respuestas se van eslabonando de una manera llana y cordial. Así:

Amistad e intimidad

—¿Recuerda usted en qué fecha y circunstancias conoció a «Manolete»?

—No tengo idea de cuándo le conocí. Desde luego, fué antes de ser matador de toros. En visperas acaso de la alternativa...

“MANOLO, duerme en paz y no te preocupes; todo se arreglará”, fueron las últimas palabras de DON ALVARO DOMEQ a “MANOLETE”

Amistad e intimidad. — La mejor corrida. — El hombre, el amigo y el lidiador. — Impresión de lo de Linares. — Ni «Camará» ni nadie tiene la culpa. — Los asuntos particulares de «Manolete». — Monumento y mausoleo. — Gratitud a Córdoba

El caballero jerezano hace para «El Ruedo» interesantes manifestaciones

—¿Y qué le hizo intimar con el torero?

—Intimé con él por su especial predilección por mi amistad, a la que yo necesariamente tenía que corresponder. Hablaba de mí siempre con singular afecto y me ponía por las nubes. Me llamaba la atención cuando me decían: «Aquí ha estado «Manolete», diciendo de ti tal o cual cosa.» Exageraba siempre en lo que respecta a mi persona. Para él, era yo el intachable. Y eso es muy de agradecer, máxime cuando no es lo corriente...

La mejor corrida y otras inolvidables

Preguntamos al señor Domecq si recuerda el número exacto de corridas en que vió actuar a «Manolete».

—No —responde—; exactamente, no. Le vi, desde luego, muchas. Acaso rebasen el centenar.

—Y de ellas, ¿cuál considera la mejor?

—La de Méjico de este año, cuando la bronca de Lorenzo Garza. Ese día fué el que en premio a su valor y al orgullo que como español me hizo sentir en la Plaza, le regalé un caballo, que conservo todavía, y que he de vender para entregar su importe en nombre del gran torero, a la Asociación Benéfica, «La Sagrada Familia», que patrocina el obispo de Córdoba y que él quería proteger. Después de ésta, no puedo olvidar la última corrida de Beneficencia en Madrid, y lo que expuso y toreó durante la lidia de «Islero».

El hombre, el amigo y el lidiador

—¿Qué opinión le merecía «Manolete» como hombre, como amigo y como torero?

—Como hombre, ya puede figurárselo lo que puedo opinar; lo que España entera opina. Lo mismo como amigo y como torero. Pero tal como están las cosas, ya veo que el halagar al gran lidiador muerto es propaganda del que lo halaga, y yo, al menos, con este hombre, he procurado estar fuera de la publicidad, como mi buena amistad me lo exige.

—¿Quiere relatarme algunas anécdotas de la vida de «Manolete» en la intimidad?

—Por lo que antes le digo, dejo de contarle muchas anécdotas y rasgos que denotan la bondad de sentimientos de Manolo... Pero sí puedo asegurarle que los tenía en gran escala. Sólo que su conocida timidez le hacía que no los luciera ante quienes no supieron comprenderle. ¡Le parece a usted poco ese gesto de gallardía y amor propio en la Plaza de dar a diario su vida por no «descorazonar» al público!

Impresión de lo de Linares

Cambia el rumbo de la conversación para preguntar sobre lo inevitable. Hablamos de la tragedia de Linares, y nuestro afán informativo va a inquirir el por qué don Alvaro Domecq se encontraba en dicha ciudad el 28 de agosto. El hablar reposado del prócer jerezano cobra en este punto matices de emoción.

—A Linares fui no sé por qué idea. Me invitaron, y algo me impulsó a ir definitivamente. Después quería Manolo que le acompañara a Almería, y de aquí, al Puerto, y avisé incluso a casa que llegaríamos el día antes. Después, la misma mañana de la trágica corrida, comentaba yo con mi amigo el «pálizón»

«Manolete», junto al magnífico caballo que le regaló don Alvaro Domecq



que nos íbamos a dar. ¡Y mire usted por donde nos lo dimos...!

—¿Cuál fué su impresión después de la cogida?

—Yo, desde luego, creí en su muerte por algo que no olvidaré: su gesto al levantarse y la impresión que me causó Guillermo, tirado bajo el estribo del callejón, después de haberlo llevado en brazos hasta la barrera. Guillermo lloraba, y lo decía: «¡Le ha matado!» Guillermo estaba lleno de sangre. Tanta impresión me causó, que al ver que no dejaban entrar en la enfermería, volví por él, y con él me fui al hospital para buscar un cuarto y para buscar, sobre todo, al capellán, que creía necesario ya... Yo sabía que esto podía olvidarse, y tengo la convicción de que a la hora de la muerte los auxilios espirituales no asustan, como el vulgo cree, sino que alientan, como pasó con Manolo.

Ni «Camará» ni nadie tuvo la culpa

—¿Considera que hubo negligencia por parte de alguien en lo referente a la cogida, o a la curación de «Manolete», o exceso de celo acoso?

—Creo que todo el mundo puso su corazón en la empresa de salvar al gran torero. Si no pudo lograrse, no es justo achacar culpas a nadie. Los que culpan a uno o a otro no creo que lo hagan con fundamento y sí con miserias humanas. Yo he oído culpar a «Camará», queriendo incluso llevar a la idea de que Manolo toreaba por influencia de su apoderado. Nada más incierto. Manolo toreaba porque para el desenvolvimiento de los negocios emprendidos necesitaba dinero, por aquello de que lo que gana el torero suena más de lo que es en realidad. Yo oí en Madrid, poco antes de lo de Linares, una conversación entre «Manolete» y «Camará». Y éste le decía al torero: «Para seguir toreando hay que cuidarse mucho, porque el público te exige demasiado.»

Hay una pausa en el diálogo. Nos interesa que don Alvaro continúe en el uso de la palabra, y no distraemos su atención con nueva pregunta. Prosigue, pues, el señor Domecq:

—No quiero decir con esto que «Camará» no se equivocara nunca. Le buscó a Manolo enemistades y se las buscó él mismo. Pero ello era en beneficio de un valor cada día más numérico de su representado. Para «Manolete» era «Camará» como un padre; para Pepe Florés, Manolo era como un hijo... Así lo demostró en su muerte. Y después, que tuvo ocasión para demostrarlo. Yo, que, por mi suerte o mi desgracia, he tenido que tratar las cosas de Manolo como mías, encontré un gran cooperador en «Camará», ese «Camará» brusco y áspero casi siempre, pero que encierra en su pecho un gran corazón. Es justo que yo lo manifieste así, primero, porque así, cierto día, me lo dijo «Manolete» en una conversación íntima que sostuvimos, comentando lo que se decía sobre el particular, y segundo, porque la gente no sabe ya lo que decir e inventar, y yo, que salí al paso de tantos bulos, no puedo quedar también callado.

Los asuntos particulares de «Manolete»

—¿Quiere usted explicar, merced a qué circunstancias se hizo usted cargo de los asuntos particulares de «Manolete»?



«Manolete» y Domecq, en conversación íntima, en «Jandilla», en el mes de mayo del presente año

—La madre del torero, doña Angustias Sánchez, me lo pidió, y no lo dudé un segundo. Le propuse que lo pensasen bien y que me dejasen meditar. No hubo ni una sola persona que me dijera que aceptara. Sin embargo, un sentimiento profundo me hizo aceptar, y al hacerlo así, sentí una gran satisfacción. Creo que llevo sobre mis hombros mucha responsabilidad. Sé que se me juzgará en pro y en contra casi públicamente, porque público es el nombre torero de que se trata. Pero yo, a Dios gracias, por hoy y hasta hoy, puedo salir de casa y dar la cara al comentario: Cometeré torpezas quizá, pero no serán por falta de meditación. Torpezas comete cualquiera.

Monumento y mausoleo

—¿Qué opina sobre la idea de la erección del monumento a «Manolete» en Córdoba?

—Lo del monumento a «Manolete» creo que debe ser un monumento nacional que España o los españoles bien podemos levantar por el orgullo que ese torero nos hizo sentir de nuestra raza. Esa raza que él, en representación de España, llevó a América.

Sin embargo, muchas veces he pensado yo sobre el monumento de esta forma: «¿No sería más útil para la Humanidad un monumento a «Manolete» que deje beneficios al mundo?» Un «Hogar «Manolete», unas «Escuelas «Manolete», un algo que con su nombre sirva de vida a los demás. La estatua quedará situada en un lugar de Córdoba. A su vista podremos exclamar: «¡Ahí está «Manolete»! Sin embargo, en las instituciones que lleven el nombre del glorioso torero podremos decir: «Ahí está «Manolete», y lo que dejó da vida a muchos seres humanos y su recuerdo se hace inmortal.» Al cabo de los años habrá hombres educados allí, donde la figura gallarda del torero presidirá las clases, el comedor, las dependencias todas... Y habrá sacerdotes o monjas que se ocupen de su dirección. Y Córdoba, seguro es que lo agradece.

El monumento tendrá quizá más «vana gloria» para los amigos y admiradores. Pero la gloria de los amigos dura poco. Dura más que la amistad, pero menos que la vida, sin duda. Y la vida no es cosa de

valorarla en mucho cuando tan fácilmente se pierde...

—¿Y qué proyectos tiene acerca del mausoleo?

—Eso es cosa familiar, ya que es justo que la familia lo ofrende a la memoria del buen hijo y buen hermano. La idea que hay es hacer enterramiento para Manolo y para su madre solamente, y que los artistas que lo deseen envíen sus proyectos, que, estudiados después, la familia designará su elección, y se edificará el mausoleo sobre los terrenos que el Ayuntamiento de Córdoba tan amablemente designó y donó. Yo, ya en esa elección, seré uno más a opinar. Al final de la reunión que para esto se determine, espero que saldrá la luz, y Dios quiera que el acierto nos ilumine al escoger el motivo que simbolice la grandeza del sacrificio de «Manolete», como torero, como español y como cristiano.

Gratitud a Córdoba

Las palabras finales de nuestra entrevista con el famoso ex rejoneador jerezano son de gratitud hacia Córdoba.

—Agradezca —me dice— en mi nombre el profundo agradecimiento que siento hacia las pruebas de amistad y de sincero cariño que Córdoba me tiene dadas. Lo que llevó hecho no merece homenajes. Para mí, la satisfacción que me diera «Manolete» en vida, al defender mi amistad como de las mejores, me obligaba, sin duda alguna, a corresponder cuanto yo pudiera. Me tocó hacerlo cuando la muerte acechó su vida y cuando murió recordé muchas veces lo pasado y le oí algo que no me dijo y me quiso decir. Entre él y yo hubo una muda conversación impresionante, cuando Manolo se disponía a confesar en la camilla de operaciones del hospital. ¿Qué me dijo? ¿Qué me quiso decir? No lo sé. Yo lo que hasta ahora he hecho me ha parecido cumplir lo que quiso decirme. Yo si le dije estas últimas palabras: «Manolo, duerme en paz y no te preocupes; todo se arreglará.»

...

Termina así el reportaje con don Alvaro Domecq, que ha sido —él también lo dice— como una expansión de sus sentimientos, hasta aquí contenida.

—Me satisface —agrega— haber celebrado con usted esta charla, que tal vez algún día pueda ampliarle...

El recuerdo de los amargos momentos vividos junto al gran amigo que pasó a la inmortalidad en aras de su pundonor y de su hombría, le sume en profunda tristeza. Pero antes de estrecharme la mano en despedida afectuosa, vuelve a decirme cuán sincera es su satisfacción íntima al haber tenido oportunidad de interpretar y de cumplir fielmente los deseos que «Manolete» le expresara en aquella conversación, casi sin palabras ya, que tuvo con él, al borde de la muerte...

JOSE LUIS DE CORDOBA

Una foto curiosa. El diestro cordobés, a caballo, con Alvarito Domecq, el hijo del caballista jerezano, en un alto en las faenas





Los aviadores argentinos hablan sobre las corridas de toros en su país a nuestro colaborador



Teniente Alberto Santamaría



El vicecomodoro don Arturo Francisco Grassi

TENIAN anunciada para las once de la noche del último domingo la salida del hotel los cadetes argentinos. Rumbo al aeropuerto mundial de Barajas, para iniciar, dos horas más tarde, el vuelo de retorno a la Patria.

Y por eso, a las nueve de la noche de la citada jornada dominical yo abordaba, en el vestíbulo del hotel en que se hospedaban, a un núcleo de cadetes argentinos.

Pronto hicieron rueda a mi alrededor el teniente profesor Alberto Santamaría y los cadetes Angel Zamboni, César Bechis, Alejandro Gasquet, Néstor Rocha, José Antonio Noceda y Carlos E. Bellio.

Y minutos más tarde todos hablábamos con gran animación del momento magnífico del fútbol argentino y de toros. De toros, especialmente.

He aquí la respuesta de la muchachada del Plata a nuestro interrogante sobre si consideran factible la celebración de corridas de toros en su país. A modo de pórtico magistral a la encuesta inscribo las manifestaciones del vicecomodoro don Arturo Francisco Grassi, segundo jefe de la expedición aérea argentina, que honró a nuestra Patria con su presencia.

El vicecomodoro Arturo Francisco Grassi sintió visita España cuando no hay corridas

El vicecomodoro del Ejército del Aire argentino, don Arturo Francisco Grassi, es un hombre de firme contextura atlética, gran inteligencia y exquisita cordialidad.

Por todo ello, respondió con dinamismo, precisión y amabilidad inmediatamente a mi interrogante.

—Mire —dijo el vicecomodoro—. He sentido mucho saber que en la época de nuestro arribo a España no se celebran acá corridas por el tiempo. Me hubiera complacido sobremanera haber presenciado algún gran festejo taurino. Entonces, ya podría juzgar con más exactitud sobre este problema de la celebración de corridas en mi país. Me consta que los compatriotas que asisten a este espectáculo españolísimo se hacen fervientes aficionados. Pero, en fin, a pesar de todo y de esos esfuerzos que en Buenos Aires ha realizado el torero argentino «Rovira», creo que no veremos tan pronto corridas de toros allá. Yo, que tan sólo he visto torear en el cine, considero que si en mi tierra se celebrasen festejos taurinos, es muy posible que nuestra juventud se apasionara por ellos.

El teniente Alberto Santamaría no cree que las corridas gustasen en la Argentina

—No creo que allá triunfasen los toros —comenzó diciendo el joven y cordial teniente Alberto Santamaría—. Estimo que mis compatriotas no se habituarían a esta clase de espectáculo. Claró está que hablo solamente por referencias cinematográficas. Creo que ninguno de los miembros de la expedición ha visto en su vida ni una sola corrida. Yo, en mi caso, puedo asegurarlo. Como le aseguro, asimismo, que nos marchamos de España con pena de no haber visto una corrida. Y con ganas de verla.

—Con respecto a la posibilidad de la celebración de festejos taurinos en mi país —prosiguió diciendo el teniente Santamaría—, puedo decirle que

Una encuesta con la muchachada del Plata
¿Corridas de toros en la Argentina?
Así hablaron sobre el tema los aviadores argentinos
El escepticismo, tónica general

* toda la Prensa nacional se preocupó de esta cuestión y que el problema se intensificó con la muerte de «Manolete». La noticia del trágico fin del gran torero español emocionó a toda la Argentina.

El cadete Angel Zamboni no cree en la lidia de toros argentinos

El cadete Angel Zamboni, que en el vestíbulo del hotel se había distraído un instante en firmar autógrafos a un grupo de muchachas, se volvió a nosotros para expresar así su juicio sobre el tema: —¿Sabe? Allá hay que vencer dos cosas para conseguir la celebración de corridas: a la Sociedad Sarmiento, protectora de animales, que se opone abiertamente a ese propósito, y la docilidad de los toros argentinos.

Ante un gesto mío, el cadete Zamboni cortó mi réplica:

—Sí, ya sé que esto último puede subsanarse fácilmente; se podrían importar reses bravas de las fieras ganaderías españolas o adquirir sementales de estas castas. Pero se me antoja que todo esto sería un proceso demasiado lento. Por tanto, veremos.

El cadete Bechis estima que los toros embolados serían una solución

El cadete César Bechis informó así, breve y conciso:

—Yo creo que si en la Argentina se celebrasen corridas al «estilo» de «Méjico», es decir, con toros que llevan topes en los cuernos y reses a las que no se martiriza y da muerte, entonces tendría éxito ese espectáculo.

No tuvimos que hacer al simpático cadete Bechis la menor corrección a su sapiencia taurina; varios de sus compañeros se encargaron de informarle que la Fiesta de toros mejicana es idéntica a la española.

El cadete José Antonio Noceda dice que sí

El rubio cadete José Antonio Noceda, que desde el momento de iniciar la información no ha ce-

sado de mirar a un grupo de muchachas que están charlando animadamente cerca de nosotros, nos dijo esto:

—Oiga usted: Madrid es maravilloso y las muchachas madrileñas guapísimas. ¡Cosa linda, eh! Pues si todo esto es tan bonito, ¿por qué no han de serlo las corridas? Por mi parte, vengan. Ya tenemos un torero argentino. Por algo se empieza, ¿no? Ahora, que veremos la actitud de la Sociedad Sarmiento; sociedad de mucho empuje allá.

Y enunciado esto, el cadete Noceda volvió a fijar sus ojos en el grupo de chavalas.

El cadete Alejandro Gasquet cree que el fútbol impediría el éxito de los toros

También fué esquemática la respuesta del cadete Alejandro Gasquet. Respuesta expresada así:

—No creo en el éxito de las corridas, aunque llegaran a celebrarse. Allá toda la afición se vuelca en el fútbol. No creo que nadie desertara de la cancha para ir a una Plaza de toros. Es una cosa muy seria, allá, el fútbol.

El cadete Carlos E. Bellio y el atletismo

—No he visto la Fiesta de toros más que en el cine —expresó luego el cadete Carlos E. Bellio—. Yo, personalmente, la considero demasiado trágica, demasiado cruel. Me recuerda el circo romano. Sangre y muerte. Y aunque, por ejemplo, para mí una de las cosas más bellas de la antigüedad clásica era su culto al atletismo, esta otra faceta en que hay derramamiento de sangre no me interesa. Por eso creo que no gustarían en la Argentina las corridas, aunque mi país se encuentre en un instante de magnífico resurgimiento de lo deportivo y atlético.

El cadete Néstor Rocha cierra la encuesta con su escepticismo

—¿Corridas en mi país? —inició así el cadete Néstor Rocha su respuesta—. Puede que sí; puede que no. Yo creo que no. ¿Gustaría allá la Fiesta? Tal vez, sí; acaso, no. Yo estimo que no. ¿Exito de nuestro compatriota, el torero «Rovira», en sus propósitos? Está en lo posible; no, en lo probable. ¿Iría público a los toros? En las primeras jornadas, evidentemente. La curiosidad es la mejor campaña publicitaria. Pero, ¿continuaría asistiendo, en masa, como aficionado? Considero que no. Si acaso la colonia española. Pero, en fin, puedo equivocarme en todo. Nadie es infalible, y yo, menos. Sin embargo, no creo en el triunfo de las corridas en la Argentina.

Y esto que dijeron los aviadores argentinos, huéspedes oficiales y selectos de España, sobre la Fiesta Nacional queda así transcripto. El futuro dirá la última palabra sobre la encuesta.

F. HERNANDEZ CASTANEDO

(Fotos Zarco.)

Cadete Zamboni

Cadete Bechis

Cadete José Antonio Noceda

Cadete Alejandro Gasquet

Cadete Carlos E. Bellio

Cadete Néstor Rocha



CON LAS PLAZAS CERRADAS

EL TORO.—EN EL ZOO DE BERLÍN, ANTES DE LA GUERRA.—HISTORIA NATURAL Y TAUROMAQUIA.—LEJOS DEL DOMINGO ESPAÑOL.—CUANDO LLEGA EL INVIERNO



El Zoo de Berlín

EN el Zoo de Berlín existía, antes de que el huracán de la guerra se desatara sobre el famoso Parque Zoológico, una cartela explicativa que justificaba sobradamente la inclusión del toro de lidia ibérico entre las fieras. Esa cartela defendía también la autoctonía del toro hispánico y la pureza de su árbol genealógico, para que nadie le confundiera con otros animales astados, que no son sino sus torpes y contrahechas caricaturas.

Como en Berlín no había cosas taurinas, nosotros vamos los domingos por la tarde al Zoo para leer una y otra vez aquella cartela y para contemplar a la hermosa bestia, llena de fiereza y de orgullo, que afilaba sus cuernos en el cielo gris de la capital alemana. Aquel toro no podía ser acosado ni derribado. No pasaría nunca por la prueba del tendadero; no conocería ni cajones ni chiqueros; no levantaría la cabeza desde el fondo arenoso de los corrales para contemplar con fijeza el sombrero ancho de un mayoral, que es lo que más nostalgia campera causa a los cornúpetas enclaustrados. Y, sin embargo, con su sola presencia hispanizaba —por así decirlo— el Zoo berlinés. Todos los visitantes que se detenían a leer la cartela tenían aire de repasar el programa de una corrida o el «Aviso» que a la

puerta de la Plaza da cuenta de las sustituciones antes de comenzar el festejo. Y nosotros nos hacíamos la ilusión de que asistíamos a un sorteo o a un apartado, y mirábamos y remirábamos al animal, calculando sus hierbas y sus arcabas. Para que el autoengaño fuese más completo, solíamos decir: «Este bicho parece que va a dar juego...» «¿En qué lote entrará?...» «¿A quién le corresponderá lidiarle?...» «¿Y luego hablan de que ahora los toros son pequeños!...» «Este es un «tío» con dos «puñales»...»

Los sabios y prudentes varones que llevaban a sus niños al Zoo para darles lecciones prácticas de Historia Natural, se paraban también allí, y nosotros aprovechábamos la ocasión (¿Te acuerdas, Sánchez Maspons, colega y amigo?) para que nos oyeran hablar en castellano y para que en seguida nos hicieran preguntas relacionadas con nuestro gran festejo. De la teoría pasábamos en seguida a la práctica, y con el pañuelo en la mano, como preparados para pedir la oreja, explicábamos lances y suertes, verónicas y quites, pases de muleta y volapiés... Separados del toro, naturalmente, por el oportuno y previsor fero.

Así nos consolábamos hace años, lejos del domingo español y de la novilladita o de la corridaza ma-

drileña, por no cumplir el rito de la tarde festiva, añorando la Plaza de las Ventas, y el «¡Agua fresquita! ¡Quieren agua!», y la «¡Sombra por dos pesetas!» —no la del tendido, claro, sino la del abanico—, y el alquiler de la almohadilla, y la compra del «pograma» y de la botella de cerveza, y la ojeada a las espectadoras guapas, y la comprobación de que presidía el señor Sánchez Gracia, que era el inevitable de entonces.

Pero sobre todas las cosas, nuestras miradas se llenaban con la presencia del negro y astado animal, con su rizado testuz, hermano de la rizada calidad de las monteras; con su agresiva media luna, que se humillaba a veces en la espera desesperada de un imposible capote. El bramido del toro resonaba en el Zoo breve y reciamente, con una personalidad infinitamente superior a la del rugido de los leones o de los tigres o al limpiar de las panteras. «¡Eh, toro, eh!», gritábamos. Y —cosas pueriles de la nostalgia— nos parecía que el bicho se alegraba al oír voces de la tierra, compensado de su lujoso encarcelamiento en tierra extraña, sin son de cencerros ni cortezas de olivo donde poder rascar golosa y viciosamente su piel satinada y bruñida, su piel de charco en la noche.

Cuando llega el invierno, y están las Plazas cerradas volvemos a recordar al toro bravo del Zoo berlinés, que seguramente moriría sin puntilla y entre explosiones mucho más terribles que el estallido de los petardos de las banderillas de fuego, o que sería rematado por las ametralladoras en una de aquellas jornadas trágicas en que las bombas modificaron la geografía del famoso Parque, dejando a las fieras en peligrosa libertad.

Ahora, también sin novilladita o sin corridaza, tenemos que consolarnos pensando a secas en el toro, protagonista de los ruedos, sultán furioso de la arena, fiero suelta y corneante, rasgador de capotes, quebrantador de maderas de burladero, lamiendo con el morro el borde de las barreras, como para calcular el sitio más propicio para el salto; creando aprensiones en las gentes del callejón, despertando con su buena lámina el «¡Oh!» del asombro en los tendidos o desatando, por pequeño y renqueante, agudos fustaros de silbidos. El toro, y nada más que el toro, expulsado como una semilla gigantesca desde la vaina negra de la puerta de chiqueros, con el rabo enarcado, con el morrillo más que tembloroso, trepidante; con una doble vibración casi eléctrica en las puntas afiladas de los pitones. Fiera soberbia y enardecida, terrible y acometedora, ficha viva y esencial en el tablero de la lidia, en el juego donde van juntas las posturas de la burla y de la muerte.

ALFREDO MARQUERIE

NUESTRA CONTRAPORTADA

Suertes del toreo

JOSE REDONDO, "CHICLANERO"

El pase de pecho



EN la misma época en que «Cúchares» prodigaba por los ruedos las alegrías de su estilo sevillano, triunfaba como figura excepcional del toreo el diestro de Chiclana José Redondo, que representaba en sus más puros valores el clásico estilo de la escuela rondeña.

Alumno de Francisco Montes, José Redondo, «Chiclanero», formó como banderillero en la cuadrilla del maestro, a cuyo lado fué modelando sus aptitudes de lidiador, hasta que éste le otorgó la alternativa en 1842.

Su toreo se caracterizó por la severidad del estilo que practicaba como por el dominio completo de todas las fases de la lidia, que culminaba en la muleta, la que en sus manos era instrumento certero de castigo para el toro, como de temple y mando en la faena orientada a poner a la res a la muerte, desarrollando en su manejo suavidades admirables, justo complemento de sus serenos arrostos.

Esta consciente valentía de su toreo alcanzaba su más arrogante perfección en el pase de pecho con que ligaba sus naturales, echándose el toro por delante con tan justo conocimiento de los tiempos y los terrenos, que nadie pudo igualarle por aquellas épocas en las que el toreo desconocía las distancias inverosímiles de los tiempos actuales.

El pase de pecho tuvo en el «Chiclanero» un intérprete excelente que supo imprimirle arrogancia y elevar sus valores estéticos.

No obstante ser la rondeña la forma predilecta de su estilo, supo, cuando quiso, adornarse con el toreo florido sevillano, ejecutando recortes y galleos y banderilleando con exactitud matemática. Como estoqueador fué insuperable en sus emocionantes volapiés.

Cuando «Cúchares» provoca la contienda de la competencia con el «Chiclanero», este diestro le superó siempre, demostrando su clase en cuantos combates alternaron.

Fué su época más brillante por los años 1842-1850. En 1851 empezó a decaer su salud, víctima de la tuberculosis, y murió en Madrid el 4 de abril de 1853, a los cuarenta y seis años de edad.

JOSE GOMAS ACOSTA

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



LA justa exaltación a la Real Academia de la Lengua Española del insigne autor de «Los toros», nuestro ilustre colaborador José María de Cossío, si es un motivo de satisfacción para los hombres de letras en general, lo es en particular para cuantos empleamos nuestras plumas en estos menesteres de sostener y avivar el fuego sagrado de la Fiesta Nacional en publicaciones idóneas como ésta o en las respectivas secciones que diarios y revistas de la más diversa índole le dedican.

De ayer es, como quien dice, la aparición de la mencionada obra «Los toros», en la que se recoge (primeras páginas del primer tomo) un copioso «Vocabulario autorizado de términos taurinos», que el autor considera «imprescindible para quien se aventure en la selva literaria de los toros, de la que hace parte el propio libro a que sirve de proemio». Cossío, que cuando pone punto final a cualquier trabajo suyo, ha de hacerlo con la certeza de que sus ideas quedaron expuestas con absoluta claridad, en un lenguaje expresivo y rotundo, deja en todo momento oportuno, bien sentado el criterio que ampara aquella necesidad, desde las primeras líneas, cuando escribe: «Quien quiera entender la intención de este libro, debe considerar que la Fiesta de los toros no es tan sólo una diversión más o menos recomendable desde el punto de vista moral, o pedagógico, o estético, o sentimental, sino un hecho de profunda significación en la vida española, y de raíces tan hondas y extensas, que no hay actividad social o artística en que no se encuentren sus huellas, desde el LENGUAJE hasta la industria o el comercio, valgan por hitos distantes».

Por si esto fuera poco, en la advertencia que precede al «Vocabulario taurino autorizado», Cossío abunda en las razones que le indujeron a formarlo, que si son suficientes, son más aún reveladoras de una de sus probables preocupaciones al acometer la ingente obra. De paso, en su metódico trabajo quedan salvadas «la facundia y oportunidad de los escritores taurinos en inventar y adoptar palabras».

Desde cualquier punto de vista, la obra de Cossío, oportunísima en su aparición, ha situado muchas cuestiones taurinas en su justo lugar y ha dignificado a cuantos intervienen en la Fiesta Nacional, rasgando absurdas panderetas a lanzadas de su aguda pluma y destruyendo con rotundas argumentaciones negras leyendas que sólo pueden tener ya cobijo en la ignorancia absoluta o en la malicia, o más bien maldad, de quienes con otras intenciones quieren atacarnos, como anteayer una radio moscovita, al decir que «Manolete» había sido fusilado por cobarde en la cuenca minera de Linares. Pero, exaltado Cossío a un sillón de la docta institución española, su tarea, en relación con la lexicografía taurina, habrá de ser, tal vez, la que tenga mayor efectividad, con beneficio para un aspecto literario, en general, menospreciado, o, por lo menos, no tenido en cuenta con la importancia que merece, más que por su ya gran volumen, por representar el reconocimiento de «un hecho de profunda significación en la vida española».

Otras páginas de esta revista traerán hoy o traerán otro día más autorizados escritos, ocupándose de la justicia que se ha hecho a José María Cossío con la designación referida, que por muchos más conceptos que el taurino merecía hace tiempo; pero mi devoción personal por el ilustre autor me ha impulsado a sumarme a un coro en el que no tengo voz ni voto, para señalarles a los probables lectores de esta sección el gozo con que nos felicitamos de que sea Cossío un asiduo colaborador de EL RUEDO y proponer en estas líneas que se le rinda un homenaje, que singularmente le debemos cuantos circulamos, con más o menos derecho, por el mundillo taurino o «planeta de los toros», según Canabate.



XEREZ-QUINA

EL APERITIVO
QUE TOMA
TODO
EL MUNDO



VALDESPINO
JEREZ

LOS TOROS EN MEJICO

EL 22 de septiembre de 1907 —hizo cuarenta años— se dió la primera corrida de toros en la Plaza El Toreo, que estuvo ubicada en la antigua colonia de la Condesa. La corrida fué mixta: Manuel González, «Rerré», y Agustín Velasco, «Fuentes Mexicano», lidiaron cuatro toros de Tepeyahualco —los Miuras mejicanos—, y Samuel Solís y Pascual Bueno —ambos de la Cuadrilla Juvenil— se las entendieron con otros cuatro novillos de la misma procedencia.

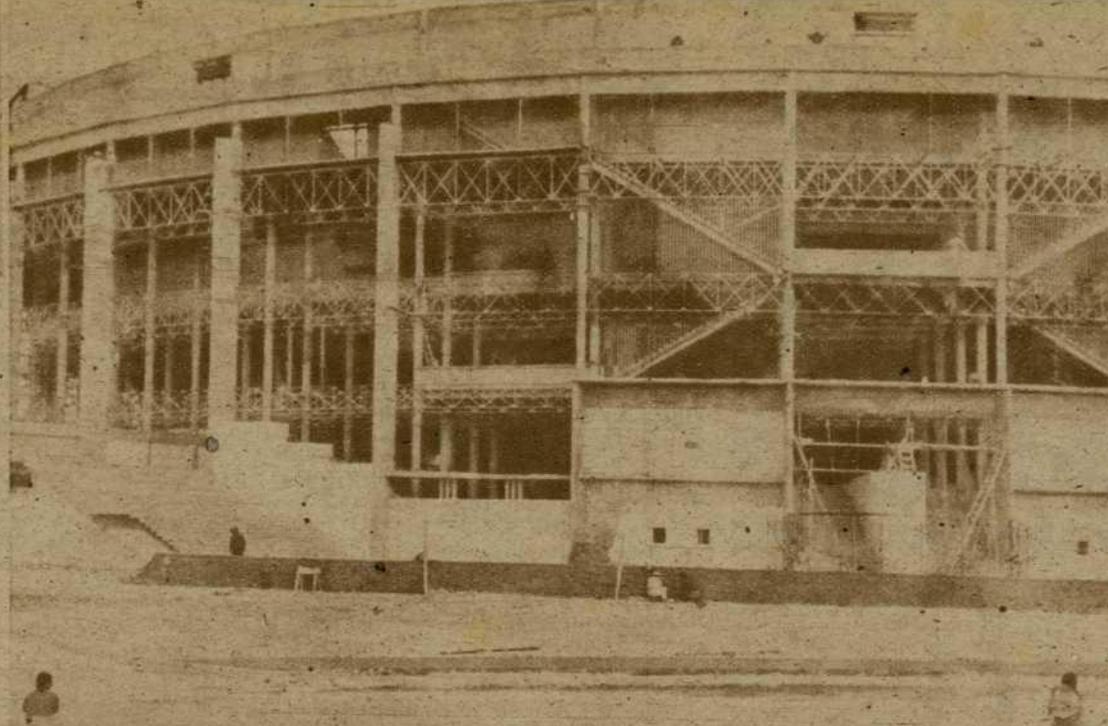
Bravo y noble fué el primer toro lidiado en esa Plaza. Alberto Cossío, «Patatero», le dió el primer capotazo y lo corrió por derecho. Cuatro varas tomó el astado, arrancándose de largo, y pasó después a manos de «Fuentes Mexicano», a quien se confirmó la alternativa en esa tarde. Su faena de muleta fué valiente, y excelente la media estocada con que hizo morder el polvo al bicho.

«Rerré» —matador de toros español que debutó esa misma tarde— estuvo muy desafortunado en su actuación. En cambio, a Samuel Solís se le ovacionó repetidas veces. Pascual Bueno y las cuadrillas fueron asimismo ovacionadas.

En la construcción de ese histórico coso participaron: como director técnico de la obra, el ingeniero don Alberto Robles Gil; como encargado de la ejecución, don Eduardo Sabaté, y lo de carpintería corrió por cuenta de don Eduardo Angulo. Don Oscar Braniff contrató el material y la estructura de hierro, importada de Bélgica. Se emplearon cien mil toneladas entre estructura y material de hierro; ochocientos mil tabiques y tres mil barricas de cemento. Costó la construcción —exceptuando el valor del terreno— trescientos mil pesos.

Fueron socios fundadores y capitalistas don Manuel Fernández del Castillo, don Lucas Alamán, doctor don Carlos Cuesta Baquero, don Miguel Illanes Blanco, ingeniero don José Mondragón y don José del Rivero.

El diario «El Imparcial» dijo: «... ocupa una superficie de dieciocho mil cuatrocientos metros cuadrados en forma pentagonal, comprendida entre la 12.^a Durango, avenida Oaxaca, 4.^a Salamanca, 4.^a Valladolid y 11.^a Colima, con cuatro entradas para el departamento de sombra y tres para el de sol, y una mayor para la entrada del ganado,



Detalle de la fachada, con parte de las escaleras que conducen a las distintas localidades

El viejo y el nuevo Toreo

El aspecto del circo es monumental y espacioso, dominando todas las construcciones vecinas, puesto que se levanta a una altura de veintitrés y medio metros.

Se piensa construir una fachada circular, y no será difícil que también se construya a su alrededor un gran hotel con todas las exigencias y comodidades modernas.

El redondel tiene un diámetro de cuarenta y cinco metros, con un callejón de dos metros de ancho, levantándose la barrera a una altura de un metro cincuenta centímetros, teniendo ésta una especie de brocal formado con tres tubos de hierro, a guisa de cable, sostenido de trecho en trecho por macizas columnas.

El tendido de sombra tiene tres filas de ciento cincuenta barreras cada una y otras tantas filas comprende el departamento de sol, con ciento cincuenta y dos barreras; lo que hace un total de novecientos seis barreras, todas con estribos de hierro, a fin de poder colocar en éstos cómodamente los pies. Existen cincuenta y ocho palcos descubiertos en sombra, con capacidad para seis personas cada uno, y ochenta y cuatro en el departamento de sol. A tres metros de altura de éstos hay otro tendido más, o sea la andanada, con una serie de cuatro gradas en todo el espacio circular de la Plaza, y por último, dos series de lumbreras con palcos salientes, sostenidos por esbelta columna de hierro, correspondiendo ciento veinte lumbreras a cada piso.

El cupo total está calculado para dar cabida, con

los muebles necesarios para el caso.

Tendrá restaurante y cabaret. Habrá un Museo Taurino interesante. La enfermería será modelo en su género, con entrada directa por el callejón. Los médicos ocuparán su palco de contrabarrera, comunicando directamente con las salas de operaciones, que estarán profusamente iluminadas y ventiladas de acuerdo con los consejos científicos.

El número de localidades o asientos que se aumentaron a la nueva Plaza asciende a 4,000, que sumados a los 23,000 del viejo coso, hacen el total de 27,000.

Habrán dos grandes puertas giratorias para comodidad del público y para conveniencia de la Empresa, pues tendrán un mecanismo que permitirá contar las personas que van entrando y dará un total.

Tiene una espléndida terraza que da hacia los corrales, con objeto de que el público, que ascenderá a ella por medio de dos soberbias escaleras colocadas en los extremos, pueda presenciar el enchiqueramiento, asistir a los sorteos de los toros y ver las corridas allí encerradas, que serán varias porque hay varios corrales y corraletas para el efecto. Estos corrales y la terraza son únicos. Cuentan los primeros con una báscula eléctrica para pesar los toros.

Se calcula que este coso, no terminado aún por fuera, lo estará por completo en dos meses.

ALBERTO LAZARO

(Reportaje Amunco, exclusivo para EL RUEDO)

El Toreo de 1907

comodidad, para veintitrés mil personas.»

EL TOREO DE 1947

A la gentileza —que sinceramente agradecemos— del señor arquitecto Gustavo García Travesí debemos los siguientes interesantes datos sobre el reconstruido coso:

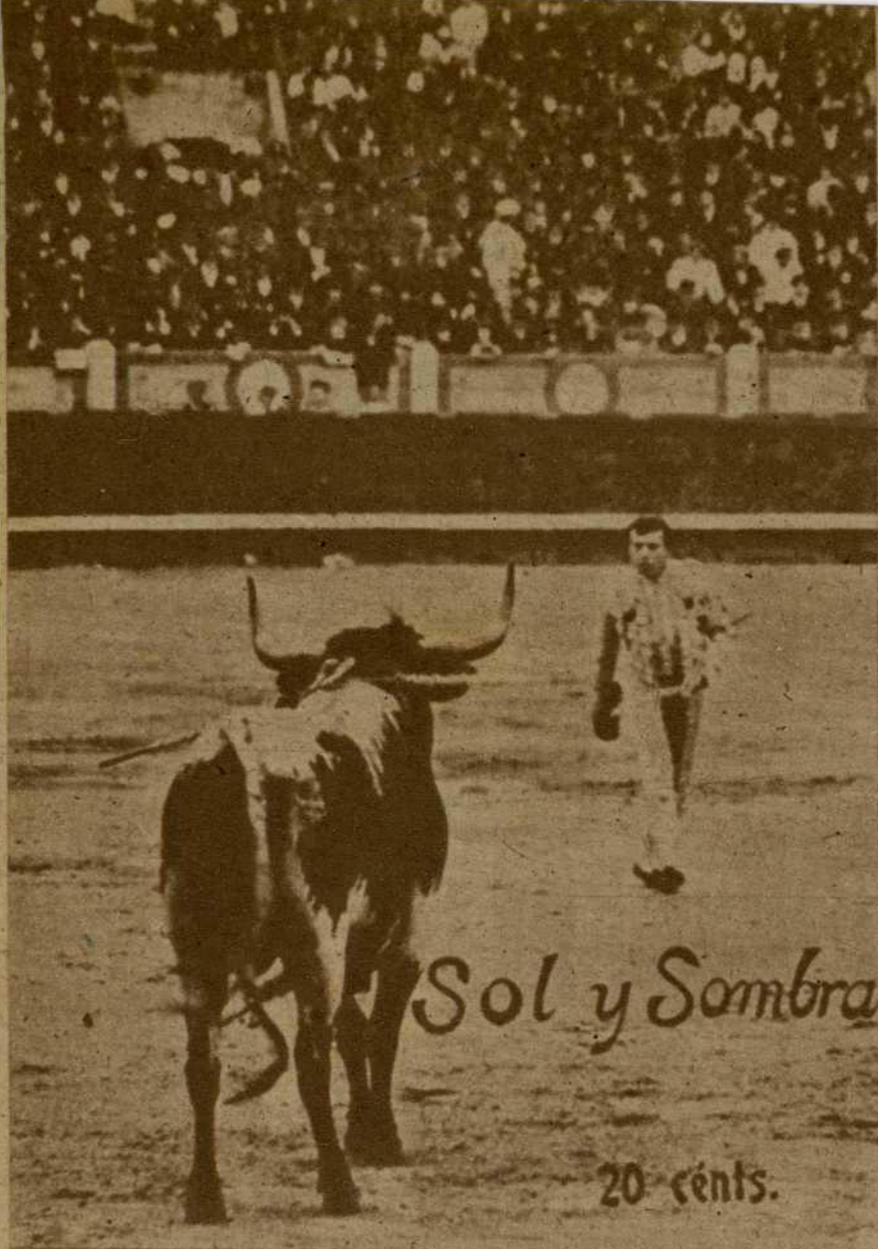
Está ubicado en el sitio que llevó por nombre «Cuatro Caminos», casi sobre la línea que divide el Estado de Méjico con el Distrito Federal. Tiene cupo para 27,000 espectadores cómodamente sentados. Tendrá capilla lujosamente decorada con tres esculturas: una de Cristo, en el centro; a un lado, otra de la Virgen de Guadalupe; del otro, la de la Virgen de la Macarena. Habrá un salón convenientemente equipado para que se vistan los toreros. A continuación estará la sala de descanso para los mismos, con

Otro aspecto de los tendidos de la nueva Plaza de El Toreo, cuyo cupo asciende a 27,000 espectadores

Detalle de los tendidos, en el que pueden observarse las cinco filas de barreras, las localidades numeradas, las generales, el tendido «cubierto», el tendido «volado» y las dos filas de lumbreras



La presentación en Madrid de ELIAS LABRADOR, «PINTURAS»



Portada de «Sol y Sombra» del 17 de mayo de 1906: Elías Labrador, «Pinturas»

Don Antonio Royo Villanova, periodista de ayer, hombre de ciencia jurídica, gran parlamentario español, en cierta ocasión y con frecuencia decía que el carácter aragonés, un tanto modesto y retraído, nos llevaba a no pasar de «novilleros» o de «subsecretarios». A «jefes» de algo no llegábamos nunca. Y así es verdad el ingenioso dicho en lo que es propio de estas columnas. Aragón, salvo excepciones, ni tiene ni tuvo grandes figuras entre los que manjan o manejaron la espada. En cambio, sí podemos vanagloriarnos de contar entre los subalternos de toda época con nombres claros, dignos de codearse con los mejores de cualquier región. Un ejemplo, «Pinturas»; otro, «verbi gratia», Ramón Laborda, «Cható de Zaragoza», en cuyo recuerdo y gloria prometo para otra semana unas líneas en elogio de su fama. En orden cronológico exacto, correspondía el primer artículo a Ramón Laborda; pero, en fin de cuentas, es igual, y vaya por hoy la alabanza correspondiente a un gran peón, excelente banderillero, apodado «Pinturas».

Preveo, aunque en este prever no vea la cara que pone el lector, que hará éste un gesto dubitativo: «Pinturas? ¿Qué «Pinturas»? ¿«Pinturas», padre? ¿«Pinturas», hijo? En la historia del torero y en la historia de los apodos, al que se le añade un «padre»

quiere decir que el hijo logró más fama que su progenitor. En tanto, al que a su remoquete se le adhiere un «hijo» ya puede contar con que la fama del padre ni la igualó ni la superó. ¿Quién, por despistado que fuera en cosas de toros, osaría añadirle un «padre» al nombre y apellido de Juan Belmonte, el compañero de Joselito «el Gallo»? Nadie; «estamos seguros». Para la historia del torero habrá siempre un Juan Belmonte, a secas, y un Juan Belmonte, hijo. Sin más explicaciones, ni necesidad, si quiere saber más, de ir a Salamanca. Eso ocurre y ocurrió siempre en las dinastías toreras, como recordáis con los «Algabernos», los «Chicuelos», los Ballesteros, los etc., etc. En cambio, como excepción que confirma la regla, no cabe añadidos con ninguno de los dos «Pinturas», que no precisan de «gasógeno» indicador de inferior categoría: el padre no desdibuja al hijo, ni el hijo le resta categoría y calidad al padre. De esta manera, para la distinción histórica, no hay más remedio que escribir: Elías Labrador y Seral, «Pinturas», o Antonio Labrador y Bernués, «Pinturas». Grandes banderilleros los dos; excelentes peones de brega, a la par. Y conste que estas afirmaciones no están hechas de memoria: a Elías y al que comenzó como Antoñito para sus paisanos, los he visto actuar, y puedo responder por su fama, yendo de frente a ella y no a la media vuelta ni al revuelo de un capote.

La publicación del detalle, favorable para el lector aficionado y en beneficio de la Historia, norma de los revisteros y críticos antiguos, me permite hoy recoger el dato de cuándo hizo su presentación en Madrid un banderillero zaragozano, Elías Labrador, «Pinturas», venido al mundo en la plaza de Santo Domingo de la ciudad inmortal, el día 16 de febrero de 1870. Elías Labrador, que todavía vive, y sea con salud por los años que Dios quiera conservarle, está a dos dedos de coger los setenta y ocho de su edad.

Era el 10 de noviembre del primer año de este siglo xx, esto es, del 1901, cuando se anunció y se dió en Madrid una novillada otoñal, con un mano a mano a cargo de los espadas de allí, Vicente Pastor, «Chico de la Blusa», y Juan Sal «Saleri», contra cuatro novillos de las hijas de Aleas y dos de don Filiberto Mira, de Olivenza. No obstante constituir el modesto espectáculo un alargamiento de la temporada, y a pesar de que aquel día se celebraban unas elecciones, fué la entrada «para ganar», como entonces se decía, lo que indicaba el interés de los madrileños por ver a los novilleros regnicolas.

En estos tiempos, bastante haríamos los lectores de los papeles con enterarnos del nombre de la ganadería y con saber el número de pinchazos y de intentos de descabello que habían permitido a los espadas cortar orejas y patas. ¿Nombres de picadores y banderilleros? Ni hablar. Cuando Julián cantó aquello de que «también la gente del pueblo tiene su corazoncito», perdió su tiempo en lo que se refiere al «pueblo» torero, innominado en la frase de «y sus respectivas cuadrillas».

Como las calendas eran otras, un buen escritor, aunque modesto revistero de las novilladas en el semanario *Sol y Sombra*, Luis Falcato, «Don Hermógenes», recogió el dato de la presentación del banderillero Elías Labrador, «Pinturas», con estas líneas que suponen la colocación de la primera piedra en una fama, que no resultó breve ni de poca cosa. Esto decía «Don Hermógenes» del segundo tercio en el primer novillo, con la divisa de Aleas: «Pinturas», banderillero que por primera vez hemos visto el domingo en «nuestra» Plaza, trató de cam-

biar un par de las cortas, pero al ver que el torillo no estaba para filigranas, desistió, y con mucho adorno y bastante «pesqui», clavó superiormente al cuarto. Siguió «Albañil» con uno desigualillo, y cerró el tercio «Pinturas» con otro par bueno al sesgo. (El debutante fué muy aplaudido, pues hizo cosas de buen banderillero.) De su labor en el segundo tercio del quinto novillo vuelve a decir Falcato: «Entre el «Pollo», de Madrid, y «Pinturas» colocaron tres pares, uno bueno del segundo».

Y aun hubo más. No por *Sol y Sombra*, sino por *El Toreo*, revista seria y nutridísima en detalles, que ha formado la historia de la Fiesta durante medio siglo corrido, nos enteramos de que Elías Labrador, en una época en que los subalternos podían atender a su lucimiento personal sin regañinas de los jefes, apenas pisado por primera vez el ruedo madrileño, que tanto impone, según dicen, al saltar al ruedo el que «brió plaza, tras de un quiebro a cuerpo limpio del segundo espada, Juan Sal, el neófito zaragozano lo intentó a continuación, sin mejor resultado que el de sufrir una voltereta».

Con tal fortuna, con el dato histórico coincidente en los semanarios citados, tanto bajo la firma de «Don Hermógenes» como con la responsabilidad de «Juan de Invierno», de citarle en sus resúmenes como el banderillero triunfador de la tarde, se inicia la brillante carrera de «Pinturas», destacadísimo ya en las novilladas de fin de siglo en la Plaza de su ciudad natal. Dos años después, el 19 de julio de 1903, a las órdenes de Manuel Jiménez «Chicuelo» —y ahora sí que vendrá bien añadir lo de «padre»—, quien alternaba con «Bonarillo», actúa por vez primera en corrida de toros en Madrid, conseguida ya una reputación a las órdenes de varios novilleros, pero principalmente a las del bilbaíno Cástor J. Ibarra, «Cocherito».

Después, calculad de los méritos de Elías Labrador, si leéis la lista de matadores que requirieron sus servicios para llevarle hijo: «Cocherito», «Marzantinito», Rafael, «el Gallo», su hermano José, Juan Belmonte, Rodolfo Gaona, Florentino Ballesteros —para la temporada que le trunció la muerte— y «Nacional» el mayor, a cuyas órdenes iba en 1921, cuando decidió cortarse la coleta. De lo indiscutible de su fama, como justificación de ella, decía yo en un libro mío que recoge los nombres de los toreros aragoneses: «Si muchas otras razones no hubiera para justificarla, ahí están los nombres de los «Gallos» y de Belmonte, que le llevarán en sus cuadrillas. Y no olviden ustedes que aquéllos eran los mejores de su época y andaluces, y «Pinturas», aragonés».

Quería yo recoger en estas columnas la fecha de su presentación como banderillero de novillos en Madrid. Luego resulta que me he alargado a otras cosas de su brillante vida profesional. ¿Conviene alguna fecha importante de su vida para redondear estas líneas biográficas? ¿Algún triunfo excepcional? ¿Alguna tarde de cogida grave, o aun gravísima, de las que sufrió varias? Como fecha más importante en la vida de Elías quiero recoger una noticia publicada en la revista *El Chiquero*, de Zaragoza, del día 15 de junio de 1908. En ese número, el veterano semanario anunciaba que el día 13 de aquel mes la esposa del notable banderillero «Pinturas» había dado a luz un robustísimo niño. Puede pensar el lector si, dada la fecha del nacimiento, no estaban obligados los padres a ponerle el nombre del Santo de Padua.

Corrieron los días, tras ese feliz para «Pinturas», y hoy, en las páginas de la historia del torero, como grandes peones y no menos grandes banderilleros, aunque sin confusión posible entre uno y otro, a Elías y a Antonio cabe señalarles:

—«Pinturas»: he ahí a tu hijo.

—«Pinturas»: he ahí a tu padre.

Un retoño así, heredero en su profesión, permitirá siempre a Elías Labrador mostrarse alegre, con aquella alegría, tan particular suya, de citar a los toros tardos arrojándoles la montera. Una portada de *Sol y Sombra* de 1906 perpetuó el hecho para conocimiento de las generaciones que siguieron.

DON INDALECIO



ANIS
Rival
CREMAS-LICORES
GINEBRA-COÑAC-RON
DESTILERIAS AGATON (Rute)

En la Plaza del Acho, en Lima, el día 27 de noviembre, se descubrió un busto de "Manolete" costeado por suscripción pública

Ha sido ejecutado por el escultor peruano Joaquín Roca Rey.-Después de la ceremonia se celebró un festival taurino pro-damnificados del terremoto del Centro



El secretario de la Embajada de España, don Fernando Escoriaza, descubre, en nombre del embajador, el busto dedicado por la afición limeña a la memoria de «Manolete»



El periodista peruano don Manuel Solari S., de la redacción de «El Comercio», leyendo su discurso en el acto de ser descubierto el busto en homenaje al infortunado torero cordobés



Terminada la ceremonia, posan para EL RUEDO (de izquierda a derecha): Antonio Bienvenida; el veterano matador de toros español Francisco Bonal, «Bonarillo»; don Manuel Mejías; el empresario don Fernando Graña E.; el periodista don Manuel Solari S.; el secretario de la Embajada de España señor Escoriaza, y don José Antonio Roca Rey



Antonio Bienvenida toreando al primer novillo del festival benéfico

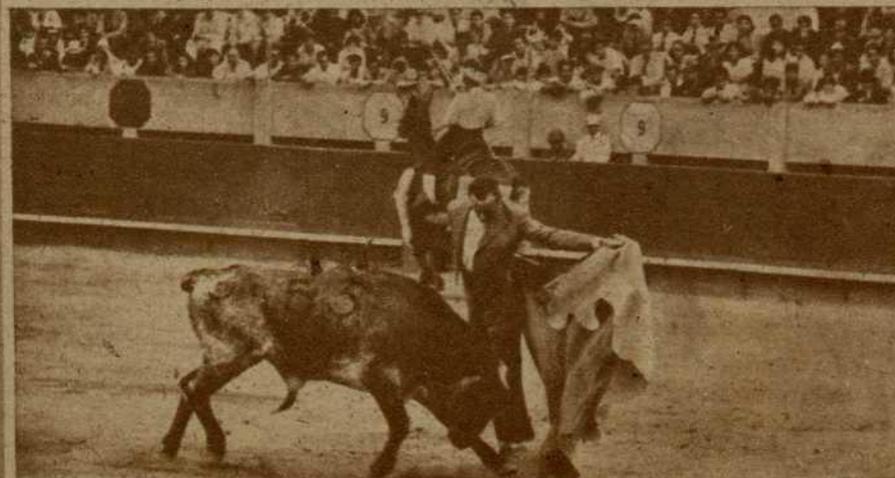


Don Fernando Graña E. en una verónica a su «pupilo» de Huando, del que le fueron concedidas las orejas

Don Antonio Roca Rey en una gaonera



Roca Rey, Fernando Graña y Antonio Bienvenida corresponden desde el tercio a los aplausos del público (Fotos «Joseillo»)



(De los cuatro novillos de Hernando, tres de ellos resultaron bravos y con bastante casta, y uno manso y difícil. Gabriel Alonso, novillero español, no logró acomodarse al novillo que le correspondió. Destacó en la brega y en los palos Antofiete Iglesias y picó muy bien «Cicoto», que tiene en Lima un gran cartel)

La novia de «Reverte»
borda pañuelos.
La novia de «Fabrilo»
le tiene celos...

Porque a «Fabrilo» bordan,
como a «Reverte»,
pañuelitos de seda
que dan la suerte.

—No quiero que me borden
ni me regalen...
Los pañuelitos míos,
¿de dónde salen...?

Salen de tus manitas
—dorado el hilo—,
¡y once letras al medio!
«¡Viva «Fabrilo!»

¡Torero de Valencia!
También mi hermano...
Con él sueño los triunfos
del mano a mano...

¡Ay, torres de Serranos,
torres de Cuarte!
De los toros me llaman
«Torre del arte»...

Con el capote arrastro,
cuando toreo,
sonrisas de mujeres,
que en sueños veo...

Y con capa de paño
—verde el embozo—
me las llevo de calle
por guapo mozo.

El cura, en el bautismo,
Julio me llama.
Con mi nombre de estío...
¡rueda mi fama...!

Y «albaes» cantan los hombres,
de su valor pregoneras,
como jazmines de oles
que en su capote prendieran...

Y jotas de medio tiento
—medio Cádiz, medio Huesca,
ni Aragón ni Andalucía—;
jotas moras de la huerta,
dicen a los cuatro vientos
como divisa de guerra:



SEIS TOROS
D. José Manuel de la Cámara
10.500 Pesetas
FABRILLO
REVERTE

SEIS TOROS

«Podéis todos ir a casa
y cortaros la coleta,
que no hay quien gane a «Fabrilo»
cuando «Fabrilo» torea...»

Pero una tarde, en Valencia,
tarde de rosas de mayo
—mes de mayo de los toros
más negro del calendario...—,
torea Julio Fabrilo,
con Reverte mano a mano...

Banderillas. Toro quinto.

—«Fabrilo!» ¡No hay quinto
[malo...]

¿Qué nube le rompe al sol
la alegría de sus rayos?
En los tendidos, silencio...
En el reloj, cinco y cuarto...

—¡Julio! ¡Ponle banderillas!

El se niega, cabizbajo...

—¡Julio! ¿No sabes clavarlas?

—¿Que no sé yo? ¿Desde cuándo?
Ya coge los garapulos...

«¡Toro, toro...!» Paso a paso



FABRILLO

En la Plaza, en la bandera,
negra corbata de raso...
Y por las gradas vacías
un ¡ay! de arena y de mármol!...

El «rat penat» del escudo
—las alas con ritmo trágico—,
con un crespón en el pico,
ronda arriba, ronda abajo,
ronda que ronda la ronda,
ronda de Guillem de Castro...

Bajo los arcos del Turia,
donde sueñan los gitanos,
hay un gemido sin luz
en los bordones sonámbulos...

—Guadalaviar..., ¿tú no lloras?

—¡Dadle el caudal necesario!
¡Prestadle más agua al agua,
que el río tiembla en seco
sin que los ojos del puente
se le desborden de llanto...!

Toreros los dos «Fabrillo»,
toreros los dos hermanos...
Escoltando a Julio, muerto,
marcha detrás, vivo, Paco...
La muerte, siempre celosa,
le espera para otro mayo...

¡Llorad toreros de España!
¡Llorad los americanos!
¡Llorad por las dos riberas
todos los aficionados,
porque se ha muerto en Valencia
del Cid, en olor de Tauros,
Julio Aparici, «Fabrillo»,
el más diestro y el más guapo

se acerca soñando un quiebro,
que queda en sueño quebrado...

Ingle con clavel de sangre
bajo el oro y el tabaco...
Una banderilla rueda
como un clavel desmayado...

Orillita de Ruzafa.
Huele a canela y naranjo.
Muros del viejo Hospital.
Toca a muerte el campanario
de San Agustín y ladran
los perros por el mercado
de Jerusalén. Un hombre
lanza su pregón lejano,
mientras que toda Valencia
cierra los ojos pasmados;
manola ya sin chispero,
«scantaora» sin fandango,
moruna sin media luna,
jardinerita sin nardos,
reina sin juegos florales
y presidenta sin palcos...

Las velas, a medio mástil
por el mar Mediterráneo...
Los hombres, a media voz...
A medio trino los pájaros...
A medio viento la brisa...
A medio rumor los álamos...



de los espadas que gastan
planta de torero macho...!

La novia de «Reverte»
borda un pañuelo.
Valencia se lo compra
para su duelo...

Porque a «Fabrillo» lloran,
locas de ausencia,
las mil enamoradas
que hay en Valencia.

¡Ay, torres de Serranos,
torres de Cuarte!
El que en los toros era
«torre del arte».

Un vendaval de furia
lo ha derribado,
y entre cirios lo llevan
amortajado...

El traje de torero,
como sudario...
Una mano, un capote
y otra un rosario...

Y hasta después de muerto
la copla suena,
la copla que él cantaba
por su morena...

Si a «Reverte» le bordan
pañuelos de oro,
mi pañuelito lleva
sangre de toro...

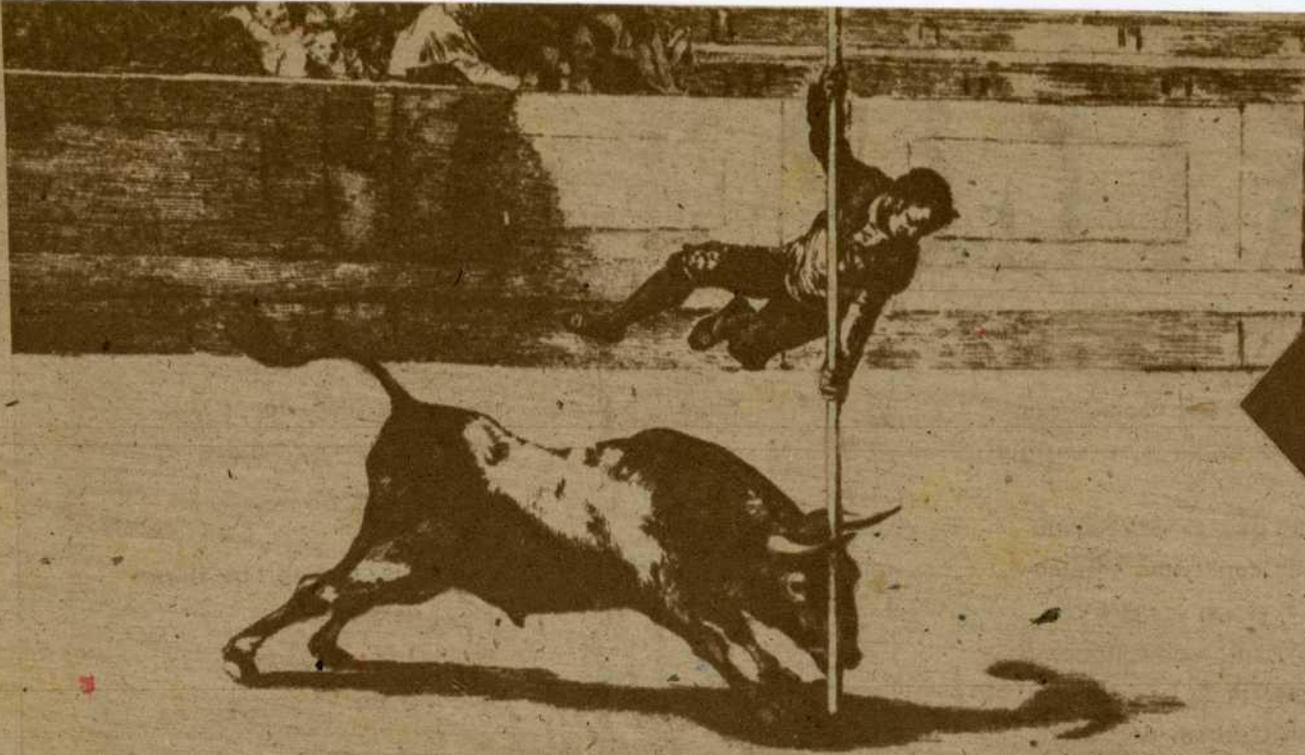
Y en cada esquina guarda,
roja de ausencia,
una gota del alma
de mi Valencia...

No quiero que me borden,
ni me regalen...
Los pañuelitos míos,
¿de dónde salen?...

Salen de tus manitas
—dorado el hilo—,
¡y once letras al medio!
¡VIVA «FABRILLO»!

Valencia del Cid, 1946.

RAFAEL DUYOS



El SALTO de la GARROCHA

Sus dramas y su aspecto deportivo

EN varias funciones de novillos efectuadas en Barcelona durante la última temporada vimos resucitar el salto de la garrocha, merced a un novillero granadino llamado José Calabuig, cuya suerte, si se practicó mucho en los dos siglos anteriores y a principios del actual, había quedado arrinconada en el museo de las antigüedades y nadie se acordaba de ella, no obstante haberla sacado a ventilar en alguna ocasión el torero cómico Carmelo Tusquellas, "Charlot's", con motivo de la celebración de varias corridas goyescas organizadas a partir del año 1928 por el inolvidable empresario don Eduardo Pagés.

No echábamos en falta el salto de la garrocha, pues tal adherencia secundaria de las corridas de toros no encaja en el concepto que hoy se tiene en la lidia; pero al verlo ejecutar recientemente, pareció como si nos sacudieran algunos lustros de encima, pues la mejor fuente de Juvencio es aquella cuyas aguas nos dan el regusto experimentado en los años en que son más puras las emociones.

Nosotros recordamos haberla visto practicar varias veces al matador de toros madrileño Juan Sal, "Saleri"; al novillero zaragozano Toribio Gil, "Chicorro" —sin duda, por la influencia del apodo, pues el espada que lo ostentó el pasado siglo, José Lara, hizo de tal salto una especialidad—; al banderillero sevillano Antonio Torres Pérez, "Mundito", y al oranés Luis Etival, "El Africano".

No, no pretendemos hacer una apología de dicho salto, porque no vivimos en perpetua anquilosis histórica ni hemos añorado nunca dicho ejercicio gimnástico; mas si el mérito de las suertes del loreo debe medirse por el riesgo que las mismas ofrecen, recordemos que de ésta que nos ocupa se han derivado algunos dramas, cuyas consecuencias no admitieron composturas ni reparaciones. He aquí tres de ellos:

Manuel Lagares fué un diestro sevillano de fugaz historia, a quien "El Gordito" dió a conocer como banderillero en Madrid; como tal subalterno salió a torear en la corrida que en dicha capital se celebró el 10 de mayo del año 1877, con seis toros del duque de Veragua y los matadores "Currito", "Hermosilla" y "Carancha", y al saltar con la garrocha al toro "Miserable", sufrió el infortunado torero una grave cornada, que fué la causa ge-

neratriz de su muerte, pues al perder las fuerzas físicas, que eran su mejor tesoro, los espadas le fueron dando de lado, se vió en una situación precaria, llena de estrecheces, y, perturbada su razón ante tanta adversidad, se suicidó en Sevilla un año después, al darse un grañ tajo en el cuello con una navaja de afeitar.

Víctima del salto de la garrocha fué un banderillero, de Sevilla también, llamado Juan Romero, primer diestro que ostentó el apodo "Saleri", a quien Fernando Gómez, "El Gallo", dió un puesto en su cuadrilla, al abandonar ésta el famoso "Guerrita", para ingresar en la de "Lagartijo". A fin de lorear en las Plazas de Méjico durante el invierno de 1887-88, formó el espada Diego Prieto, "Cuatrodedos", una cuadrilla de a pie, compuesta por Carlos Borrego, "Zocato" —luego, matador de toros—, Manuel Mejías Luján —abuelo de los diestros que hoy llevan el mismo sobrenombre que él ostentó, o sea, el de "Bienvenida"—, Antonio García, "Morenito" —víctima del toreo más tarde—, Manuel Blanco, "Blanquito", y el mencionado "Saleri", todos los cuales actuaron en la Plaza de Puebla de los Angeles el 15 de enero de 1888, en cuya corrida, el cuarto toro, llamado "Campero" —un buey de

malas condiciones para la lidia—, cogió al repetido "Saleri", al saltar éste con el palo, y le infirió una cornada tan grave, que el desventurado diestro murió al ser llevado a la enfermería. Todos sus compañeros intentaron hacerle desistir cuando le vieron dispuesto a saltar, pues la mencionada res era ilidiable, y el público venía pidiendo insistentemente que fuera retirada; pero el desdichado Juan Romero no tuvo en cuenta que, como dijo Don Quijote a Sancho, después de la aventura del rebuzno, "la valentía que no se funda sobre la base de la prudencia se llama temeridad".

No fué el 3 de marzo de 1892 —como dicen algunas historias—, sino el 3 de abril del mismo año cuando el banderillero toledano Hermenegildo Ruiz, "el Chaval", sufrió, al saltar con la garrocha, una cogida que, en cierto modo, fué origen de su muerte. En tal fecha se celebró en Madrid una novillada con seis astados de don Félix Gómez y dos de don Isidro Esteban, y los espadas Juan Gómez de Lesaca, Cándido Martínez, "el Mancheguito", José Rodríguez, "Bebe Chido", y Joaquín Pérez, "Pechuga" —éste, nuevo en tal Plaza—, y al pretender dar "El Chaval" el mencionado salto en el sexto novillo, se quedó éste en el centro de la suerte, cayó el diestro ante la cara, y el ficho le cogió y le infirió una cornada grave, cuya curación en el Hospital Provincial siguió favorable curso; pero al declararse al herido una neumonía, dejó de existir en dicho establecimiento benéfico el 19 del mismo mes.

Estos son los tres dramas taurinos que, relacionados con el salto de la garrocha, queremos referir, y al hablar de tan antigua suerte, no estará de sobra recordar a quienes dicen que Carlos Arruza ha dado un sentido deportivo al toreo, que esta significación cabal de la lidia corresponde de primitivo fuero a los toreros de antaño, pues tanto dicho salto como otros muchos —aun recordamos haber visto a "Guerrita", el del trascuerno— eran ejercicios físicos que al deporte pertenecen.

Todos aquellos toreros aragoneses y navarros del siglo XVIII, toreros deportivos fueron, en realidad, pues sus saltos, sus quiebros, toda su actividad en las Plazas, era un juego de alarde físico y de facultades que cae de lleno en ese aspecto especial de la lidia.

DON VENTURA



Juan Romero («Saleri»)

Manuel Lagares

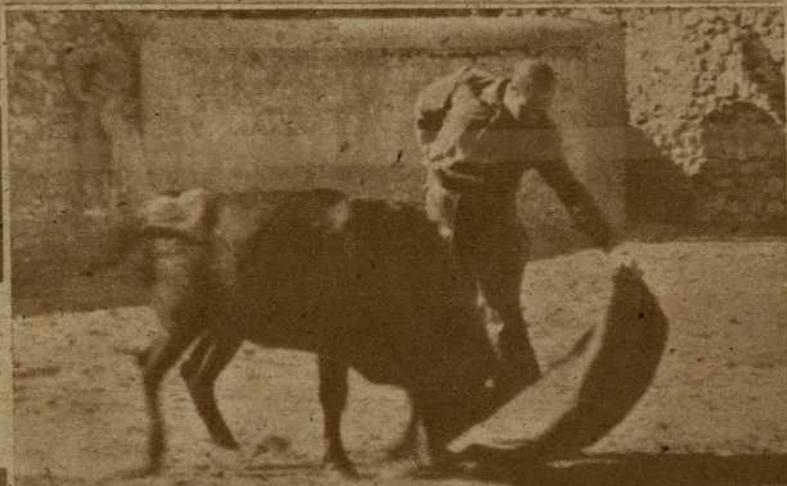
Hermenegildo Ruiz («el Chaval»)



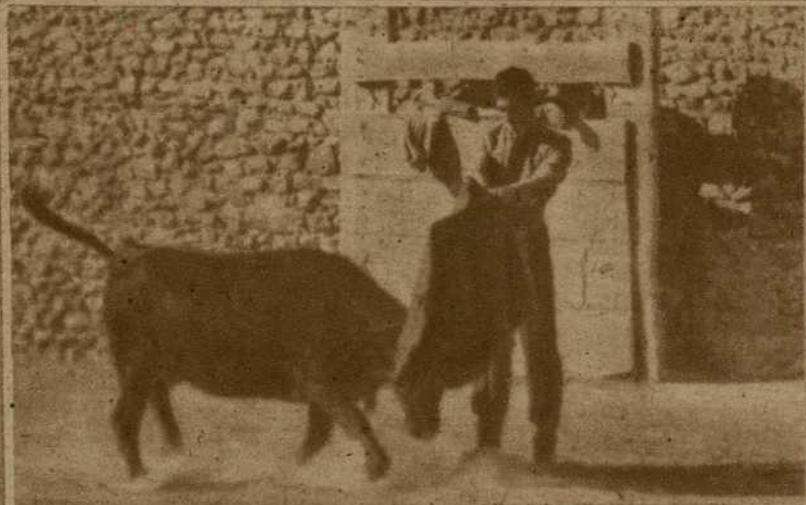


El encierro

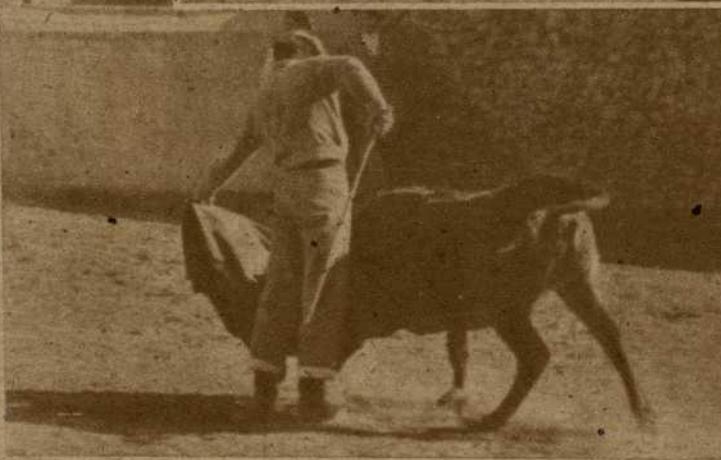
TIENTA EN EL CAMPO DE CASTRAZ



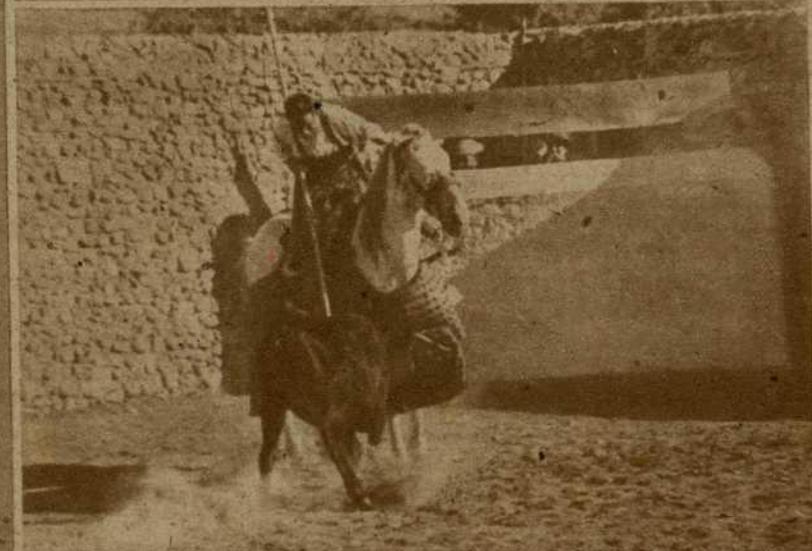
El novillero local Manolo Santos



Un muletazo de Luciano Cobaleda



El aficionado don Antonio Sánchez Sepúlveda
(Fotos Priet)



Una buena vara El ganadero, «Parrita», Cobaleda, Manolo Santos y Antonio Sánchez Sepúlveda, con varios invitados



«La Fiesta era antes más bella. Ahora es más bonita», dice RAFAEL LOPEZ DE HARO

VISITAMOS al escritor López de Haro —escritor del difícil género de la novela; escritor moderno hace veinte años y moderno ahora, y leído con igual gusto siempre—, y no para preguntarle por qué no vemos nuevas ediciones de sus novelas en los escaparates de las librerías, ni ediciones primeras de novelas recién hechas —nos intriga que el gran novelista haya abandonado su actividad más brillante—, sino para que nos hable de su afición a los toros. Rafael López de Haro ha ido mucho, y va aún, a los toros, porque en el gran espectáculo ha encontrado lo que siempre buscó en todas las cosas: belleza y emoción.

—Me aficioné a los toros siendo muy joven —nos dice— y elegí siempre para asistir a las corridas las tardes en que figuraban en los carteles nombres famosos. He conocido los tiempos de Mazzantini, de «Bombita» y de «Machaco»; he visto a «Reverte»; hasta muy vagamente recuerdo haber visto una vez al «Guerra», ya en sus últimos tiempos.

—¿Ha presenciado usted la cogida más importante de alguno de estos toreros?

—Afortunadamente no he tenido esa desgracia. Pero una cogida mortal fué la causa de que mi afición se enfriase por una larga temporada: la que causó la muerte de «Joselito». Cuando toreaban «Joselito» y Belmonte, era yo un apasionado espectador de la Fiesta. Me afectó mucho la desaparición de aquél, a quien consideré único hasta la llegada de «Manolete». Ahora parece que es

Luis Miguel Dominguín la primera figura en los ruedos, y es una realidad que la afición a los toros aumenta de día en día. Pero, de todos modos, creo que antes existía más pasión entre los aficionados.

—¿Le gusta a usted más el torero de antes?

—En los tiempos en que yo empecé a ir a los toros, la Fiesta era más bárbara si se quiere, pero tenía mayor belleza. Hoy es más bonita, más afiligranada, y, sin embargo, creo que no puede superar en emoción a la de entonces. Recuerdo haber visto derrotar a un toro contra la montura de un caballo derribado en la arena, y mandarla a muchos metros de distancia de la Plaza; eso supone una potencia en el toro que no la tienen los de hoy. Sin embargo, ahora creo que hay más cogidas que antes.

—Y ¿a qué atribuye usted el hecho?

—A que el torero se confía más, se acerca más al toro, y a que lo estudia menos. Cuando «Joselito» estaba en el ruedo, aprovechaba el corto espacio de tiempo que transcurre desde que sueltan al bicho hasta que el torero tiene que ir a él, para estudiar con cuidado su actitud y sus movimientos y empezar con seguridad desde los primeros pases. Esos toros también tienen, como las personas, infinidad de matices que los hace distintos unos de otros; lo que podríamos llamar su psicología.

—¿Qué es lo que más le gusta de la lidia de un toro?

—La suerte de banderillas. Es el momento más plástico de una corrida, cuando el torero avanza sobre las puntas de los pies para poner un par de banderillas al quiebro. Las actitudes de los toreros son siempre bellas; no hay mayor exaltación de la figura humana que la que adquiere en los ruedos ante la dominada fiera del toro. Como no hay posturas más feas ni actitudes más grotescas que las que adopta el jugador de fútbol.

—¿Suprimiría usted algo en las corridas?

—Los petos, y cambiaría las puyas y elegiría mejor los picadores. Tal como hoy se efectúa, la suerte de varas es inconcebible. Más valía que les dieran a los toros alguna inyección para debilitarlos, que no que los hagan llegar medio muertos a la suerte suprema a fuerza de pinchazos demasiado contundentes. Antes, las puyas tenían una especie de tope, llamado limoncillo, destinado a evitar que los pinchazos fueran demasiado profundos, y eso resultaba más legal que lo que hoy se hace.

—¿Le gusta el rejoneo?

—Siempre es bonita la figura de un caballo bien montado. Pero el rejoneo a caballo me parece algo así como jugar con demasiada ventaja sobre el toro. Tal vez en el espacio libre de la dehesa, donde puedan correr más libremente el rejoneador y el toro...

—¿Quién es el torero que a



su entender realiza mejor su suerte favorita?

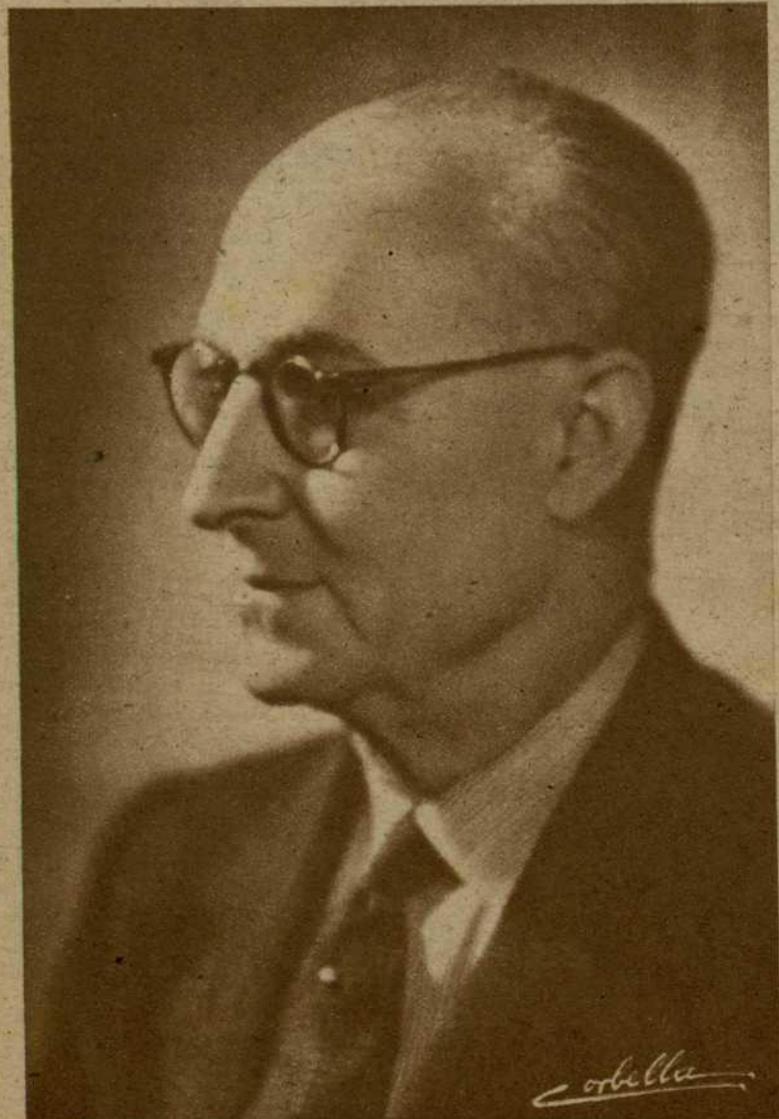
—De los de ahora puedo hablar muy poco; es mejor que cite al que más me ha gustado entre todos poniendo banderillas: a Emilio Torres, «Bombita».

—¿Recuerda usted algún lance que haya llamado su atención fuera de los ruedos, pero relacionado con los toros?

—No he tenido nunca trato con toreros y poco puedo contar de ellos. Por casualidad, sin embargo, puedo referir una anécdota graciosa. Iba yo a tomar el expreso de Andalucía y me encontré en la estación a «Machaco», que también emprendía el viaje aquel día. Estábamos tomando una cerveza en el bar de la estación, cuando oímos un alboroto grande: era que el rey Alfonso XIII se iba de caza a Santa Cruz de Mudela y la gente le seguía curiosa por ver de cerca al monarca. Había llegado el momento de que subiéramos al tren, y dije al torero: «¿Vamos ya al departamento?», a lo que él me contestó: «Sí; vámonos muy despacito, sin que nos sienta nadie, que no quiero quitarle la parroquia a Don Alfonso.»

Nada más nos cuenta don Rafael López de Haro. Le damos las gracias por habernos distraído con sus amenas respuestas y nos despedimos de él.

PILAR YVARS



Rafael López de Haro



UNGUENTO ANTISEPTICO

PARA ACCIDENTES Y ENFERMEDADES DE LA PIEL

Censura sanitaria núm. 3970

QUEMADURAS - GRANOS
ULCERAS - HERIDAS
VENTA EN FARMACIAS



El duque de Pinohermoso obtuvo un gran triunfo. Le concedieron la oreja del primer novillo

Domingo Ortega fué otro de los triunfadores del festival por lo que también se ganó la oreja



El domingo se celebró en Melilla un festival organizado por la cofradía de Nuestro Padre Jesús y la Santísima Virgen de los Dolores

Se lidiaron novillos de Argimiro Pérez Tabernero, hoy de Zaballos por el duque de Pinohermoso, Domingo Ortega, "Andaluz", "Gallito", "Parrita" y Paquito Muñoz



El diestro de Bórox da la vuelta al ruedo

Una buena verónica del «Andaluz»



«Gallito» toreando por bajo



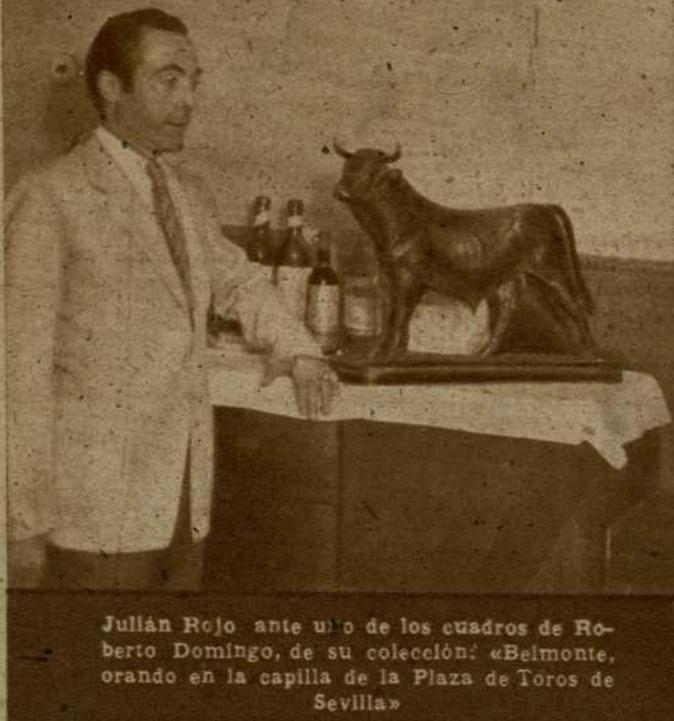
«Parrita» se ciñe con la muleta



Paquito Muñoz en un pase de rodillas (Fotos Alpuente)

Un entusiasta admirador de la pintura taurina

El popular Julián Rojo tiene la mayor colección de obras de Roberto Domingo que se conoce



Julián Rojo ante uno de los cuadros de Roberto Domingo, de su colección: «Belmonte, orando en la capilla de la Plaza de Toros de Sevilla»

EN esta calle tan madrileña, que lleva el nombre de uno de nuestros escritores clásicos —Ventura de la Vega—, hay un restaurante —el de Julián Rojo, que tiene un selecto ambiente taurino. Y este ambiente no se debe a que se reúnan allí gentes de toros con el fin de tratar asuntos relacionados con sus negocios. El ambiente taurino de este restaurante lo motivan —por eso lo llamamos selecto— los numerosos cuadros de Roberto Domingo que decoran sus paredes. Y estos cuadros son causa de que frecuenten el establecimiento toreros y aficionados de categoría, para deleitarse en la contemplación de las maravillosas concepciones del más grande pintor de nuestra Fiesta Nacional. Y al mismo tiempo que los contemplan, envidiar a Julián Rojo que, hombre de indudable buen gusto artístico, ha logrado reunir la mayor colección de cuadros del maestro Domingo que creemos habrá logrado nadie.

Estamos haciendo la comida del mediodía en el restaurante de Julián Rojo. En un rincón del mismo comedor, en una mesa próxima a la nuestra, don Roberto, que hace su almuerzo allí todos los días, acompañado del dueño del establecimiento y del experto y prestigioso anticuario don Aquilino Chaves. Cuando estamos terminando de comer, Julián Rojo —menudito, pulcro y atildado en el vestir y cordialmente simpático con sus clientes— se acerca a charlar con nosotros. Y le interrogamos:

—Diga, Julián, ¿cómo ha podido usted reunir esta valiosa colección de cuadros de don Roberto?

—Pues verá usted —nos dice—. Yo soy un aficionado a los toros tremendo desde hace muchos años. Tanto, que hasta he torreado algunas veces. Por cierto, que de una de ellas tengo un apunte de un lance mío de don Roberto, que calcule usted el valor que tiene para mí.

—Hombre, lo suponemos. Como que muchos profesionales del toreo derían algo por tener uno suyo.

—Sí, señor —prosigue Rojo—. Al mismo tiempo que la pasión por los toros, nació en mí la fervorosa admiración por la pintura de don Roberto Domingo. Cuando veía un cuadro suyo, lo contemplaba extasiado y me decía a mí mismo: «¡Si yo tuviera un cuadro de él!»

—Pues ya ve usted —le decimos—, ha llegado a tener muchos.

—Cosa de suerte —nos responde—. Nuestro amigo Valentín Senovilla me puso un día en contacto con don Roberto. Le encargué un cuadro, que me pintó. Nos hicimos buenos amigos, dentro, claro está, de la distancia que el respeto y la admiración ponen entre el maestro y yo. Luego, mi tenacidad, que

nunca agradeceré bastante con qué paciencia ha soportado don Roberto, han hecho que reúna esta colección, de la cual estoy orgulloso, pero que ¿me cueste una serie de disgustos!

—¿Por qué?

—Porque la gente se empeña en comprármelos, y yo no los vendo. Hay muchos que vienen aquí lo mismo que a conquistar a una novia. Se hacen clientes asiduos, pensando en adquirir algún cuadro, y cuando ven su propósito fallido, no vuelven más.

—Toreros, también vendrán muchos.

—Sin que esto parezca presunción en mí, todos los de categoría se cuentan entre mis mejores clientes. En mi casa comió el malogrado «Manolete» la víspera de su alternativa, y vino después muchas veces. También me honra con su presencia, frecuentemente, esa gloria del toreo que se llama don Juan Belmonte. Y de los toreros en activo, todos, desde las figuras hasta los más modestos, vienen aquí. Todos

son amigos míos, y como conocen mi gran afición a la Fiesta, les gusta, además de mi cocina, charlar conmigo de toros. También son clientes míos los rejoneadores don Alvaro Domecq, el duque de Pinhermoso y Pepe Anastasio.

—¿Y ganaderos?

—Muchos. Y con más frecuencia don Rogelio Miguel del Corral, quien me distingue con su amistad. Y muchos escritores, entre ellos don José María Cossío, K-Hito, don Emilio García Rojo, el notable periodista don Manuel Casanova, «Barico», «Timbales», Bellón, Castán Pálmara, Galindo... ¡Qué sé yo! También vienen los empresarios don Pedro Balaña, el señor Chopera, «Llapisera» y el popular Eugenio Gisbert. Todos me distinguen con su amistad, que yo estimo grandemente, como aparte de estos señores la que me demuestra mi clientela. Estoy orgulloso de la calidad de ésta.

Y es tan numerosa, que nos tenemos que multiplicar todos los de casa para atenderla como se merece.

Sin proponérselo, nuestra charla con Julián Rojo ha derivado en un reportaje. Se lo proponemos, y por teléfono llamamos a un fotógrafo. Mientras éste llega, hacemos un paréntesis, conversando con Roberto Domingo.

—Es admirable, maestro —le decimos—, cómo se contempla aquí toda la magnificencia de su arte, en sus diferentes aspectos, y su variedad de matices.

—Tal vez —nos responde el gran pintor aterrado—. Pero esta complacencia con Julián me desacredita.

—¿Por qué?

—Pues porque yo tengo una gran fama de vago.

pero que me va muy bien para amparar en ella mis pocas ganas de trabajar. Y esta profusión de cuadros míos aquí no convence a la gente de que no quiero pintar.

Ha llegado el fotógrafo y surge la lucha con Roberto Domingo, que con esa modestia natural de los grandes hombres —que tienen consciencia de que lo son—, es refractario a las exhibiciones y no quiere dejarse retratar. Por fin accede, y cuando se hacen las fotos, preguntamos a Rojo, ya en plan de reportaje:

—Aparte de la pintura de Domingo y los toros, ¿qué otra afición tiene usted?

—La caza y mi negocio. Por éste, apartando la parte industrial, tengo verdadero cariño. Por eso me gusta dirigirlo yo personalmente.

—Y dígame, ¿cómo se le ocurrió ese postre que ha hecho tan popular?

—Pues hasta ahora que voy a contarle, nadie podría imaginar su origen. Fue una cosa de inspiración, si usted quiere. Viendo la película de los hermanos Marx, «Un día en las carreras», oí que uno de ellos voceaba: «El rico Tutifrutí». Y se me ocurrió confeccionar un postre a gusto mío con ese título, que ha tenido tan gran aceptación.

—¿En qué cree usted que consiste el secreto de acreditar un restaurante?

—En tener, como yo tengo, un buen cocinero, y acertar con los platos que prefiere el público.

—¿Y cuáles son las preferencias de sus clientes?

—La paella, los callos a la madrileña, la pechuga de gallina, las angulas, la langosta a la americana y como plato típico de mi tierra segoviana, el corderito asado.

—¿Y qué cree usted lo más difícil de su industria?

—Sostener la clientela y conocer sus gustos. Por eso yo estoy aquí siempre pendiente de todos.

Después de esta sabia sentencia de industrial de Julián Rojo, nos sentamos a aumentar la tertulia que todos los días forman de sobremesa él, Roberto Domingo y el señor Chaves. Y en la que —como es natural— el mayor espacio de la charla lo consume el tema taurino.

DIEGO MARTIN



La tertulia de Julián Rojo en su restaurante (Fotos Zarco)

Relación de las novilladas con picadores celebradas en la temporada de 1947 (FINAL)

Número de orden	FECHA	PLAZAS	GANADERIAS	CARTEL
154	Septiembre 8	Tarifa	Concha y Sierra	«Cardeño», Bru y Duarte.
155	Idem 8	Melilla	Idem	Fuentes, M. González y Cervera.
156	Idem 8	Cabra	Angel Ligeró	«Gitanillo», J. Bienvenida y «Joseletes».
157	Idem 9	Ayamonte	Arruza	M. González, «Cardeño» y Chaves Flores.
158	Idem 9	Lucena	Pedrajas	Lalanda, Martorell y «Lagartijo».
159	Idem 10	San Martín de Valdeiglesias	Garro y Díaz Guerra	Fuentes, Lalanda y «Estudiante II».
160	Idem 14	Madrid	María Sánchez	«Cagancho», Zamora y Adolfo Rojas.
161	Idem 14	Melilla	Alipio Pérez	Antonio Caro, La Rosa, Cervera y Duarte.
162	Idem 14	Valencia	Tabernero de Paz	Luis Peña, Lalanda y «Calerito».
163	Idem 14	Sevilla	T. e I. Vázquez	Sergio Castillo, «Larita» y Juan Ruiz Carrascal.
164	Idem 14	Valencia de Don Juan	Ortega Hermanos	Pericás, «Gallito de Dos Hermanas» y Salas.
165	Idem 14	Baza	Juan S. Tabernero	Herrubia, «Lagartijo» y Flores.
166	Idem 14	Jerez	Buendía	«Venturita», «Cardeño» y «Diamante Negro».
167	Idem 14	Fregenal de la Sierra	Escobar	M. González y «Quinito» (4).
168	Idem 15	El Espinar	María Sánchez	Rafael Vázquez y Chaves Flores (4).
169	Idem 18	Barcelona	Cobaleda	Antonio Caro, Luis Peña y «Lagartijo».
170	Idem 21	Idem	5, M. González; 1, Murillo	Antonio Flores, Martorell y Luis Rivas.
171	Idem 21	Valencia	Pío Tabernero	Rojas, Lalanda y «Lagartijo».
172	Idem 21	Cartagena	Hernández	Redondo, Luis Caro y Luis Peña.
173	Idem 21	Albacete	Escobar	Adolfo Rojas, J. Bienvenida y Torrecillas.
174	Idem 21	Jaén	Pedrajas	M. González, «Niño de la Palma» y Peñita.
175	Idem 21	Sanlúcar	La Cova	«Cardeño», Bru y «Diamante Negro».
176	Idem 21	Zalamea	Conradi	Chaves Flores y Cervera (4).
177	Idem 24	Fregenal	Esteban González	Manuel González (2).
178	Idem 28	Madrid	5, F. y E. Escudero; 1, L. Rodríguez	«Faraón», Rojas, Yagüe (Santullano).
179	Idem 27	Arnedo	Tabernero de Paz	«Gallito de Dos Hermanas» y «Diamante Negro» (4).
180	Idem 27	Toledo	Viuda de Cruz	Redondo, Zamora y Agudo.
181	Idem 28	Córdoba	M. Rodríguez	M. González, Chaves Flores y «Lagartijo».
182	Idem 28	Olivenza	Santós	Antonio Caro, «Cardeño» y Lalanda. (Suspendida en el segundo toro.)
183	Idem 29	Granada	Luis Ramos	Antonio Caro, «Cardeño» y Lalanda.
184	Octubre 1	Madrid	Molero	Redondo, M. González y Peña. (Suspendida por lluvia.)
185	Idem 3	Soria	Fonseca	Lalanda, Antonio Caro y M. González.
185	Idem 5	Madrid	5, Garci Grande; 1, Angel Pérez	José Moreno, Francisco Roldán y Antonio Flores.
186	Idem 5	Barcelona	5, Clairac; 1, Alicia Cobaleda	Antonio Caro, «Cagancho» y Paco Navarro.
187	Idem 5	Bilbao	Humberto S. Tabernero	«Gallito de Dos Hermanas», «Cardeño» y Chaves Flores.
188	Idem 5	Sevilla	Villamarta	M. González, «Maravillas» y «Diamante Negro».
189	Idem 5	Valencia	D. Rodríguez	Paco Peris, Zamora y Luis Peña.
190	Idem 5	Barbastro	Montalvo	«Andaluz Chico» y Bamala (4).
191	Idem 10	Algeciras	Pío Tabernero	Pepe Catalán y Lalanda (4).
192	Idem 11	Idem	Fonseca	Paco Peris y Lalanda (4).
193	Idem 12	Idem	Clairac	Paco Peris y Catalán (4).
194	Idem 12	Sevilla	Urquijo	Antonio Caro, M. González y R. Vázquez.
195	Idem 12	Granada	Félix Moreno	«Cagancho», «Diamante Negro» y R. Ortega (M. Ciamar).
196	Idem 12	Madrid	5, Molero; 1, V. González	Luis Redondo, Luis Peña y Yagüe.
197	Idem 16	Motril	Conradi	M. González, R. Ortega y «Niño de la Palma».
198	Idem 17	Idem	José María Soto	Antonio Caro, Luis Peña y R. Ortega.
199	Idem 19	Vista Alegre	5, Angel Pérez; 1, Pío Tabernero	Joselito Montero, «Gallito de Dos Hermanas» y «Joseletes».
200	Idem 19	Madrid	Moreno Yagüe	M. González, R. Vázquez y Adolfo Rojas.
201	Idem 19	Sevilla	La Chica	«Larita», «Diamante Negro» y R. Ortega.
202	Idem 26	Madrid	Adrián Caballero	Dionisio Rodríguez, Eleuterio Fauró y Moreno Reina.
203	Idem 26	Huércal Overa	J. Antonio García	Lalanda, Vicente Fauró y Juan García.
204	Noviembre 16	Barcelona	2, Cobaleda; 2, Murillo; 1, Clairac; 1, Tasara	Páez, Torrecillas e Isidro Marín.



Febrero	1
Marzo	10
Abril	19
Mayo	23
Junio	33
Julio	25
Agosto	36
Septiembre	36
Octubre	20
Noviembre	1

Total de novilladas celebradas 204

Por lluvia fueron suspendidas tres novilladas, y por la muerte de «Manolete», una en Barcelona.



Con la corrida del domingo 30 de noviembre, en Barcelona, ha dado fin la temporada de 1947, en la que se han celebrado 275 corridas (31 más que en 1946), de las que corresponden 30 a la citada capital.

Por un error de copia, al reseñar las corridas toreadas por el diestro «Andaluz», según se consignó en nuestro número especial del día 6 de noviembre último, con 48, fueron 55 las que toreó el citado diestro: asimismo, las que corresponden a Julián Marín, Luis Mata y Rafael Llorente, son 33, 38 y 21, respectivamente.

El toro de mayor peso fué el lidiado en Barcelona el 30 de noviembre, de Benítez Cubero, que dió en canal 391 kilogramos (34 arrobas), por Rafael Llorente, que resultó cogido al entrar a matar.

JULIO IRIBARREN



**El martes, día 9,
FESTIVAL CON MOTIVO DE LA PA**

Fué organizado por los Regimientos de Wad-Rás y Saboya, y en él tomaron parte el comandante don Carlos Kirkpatrick, Rafael Albaicín y los hermanos Pepe, Angel Luis y Juanito Bienvenida

Con motivo de la festividad de la Patrona del Arma de Infantería, se celebra en Vista-Alegre un animado festival. He aquí el aspecto que ofrecía el coso de Carabanchel

Los soldados de los regimientos de Saboya y Wad-Rás se regocijan con los lances que están presenciando en el ruedo y con su propia alegría. «Albaicín» les ha brindado la muerte de su novillo, y uno de los soldados se pone el sombrero cordobés del torero gitano



Un buen momento de «Albaicín»



Pepe Bienvenida, antes de comenzar el festejo, accede a conceder autógrafos

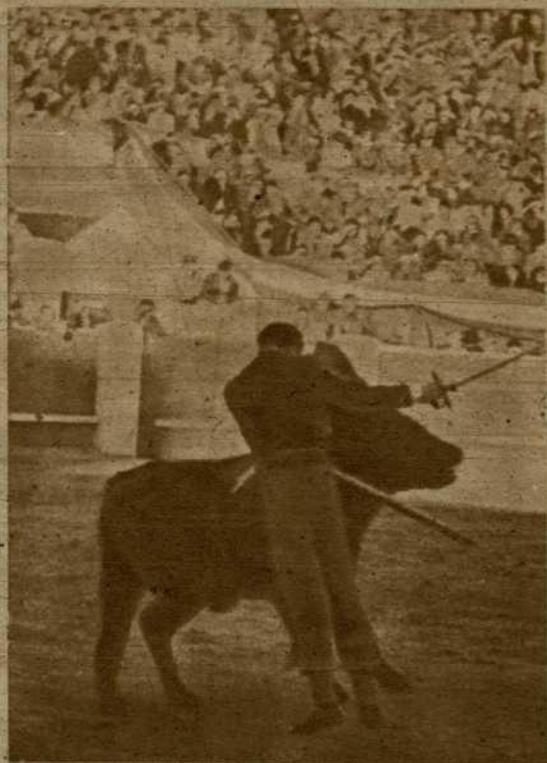
Angel Luis Bienvenida jugueteando con el novillo

en Vista-Alegre

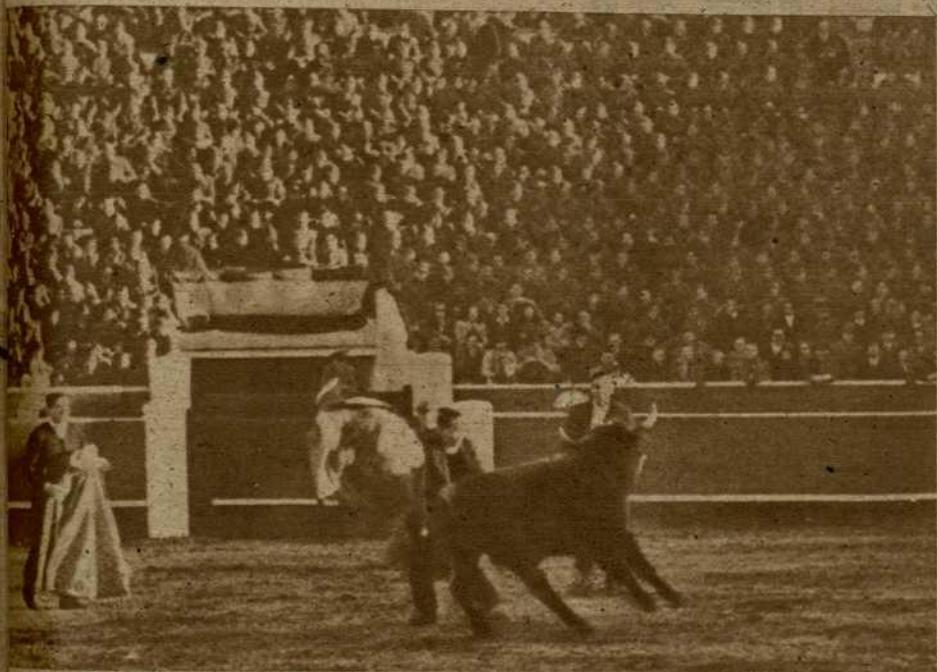
TRONA DEL ARMA DE INFANTERIA



Angel Luis entrando a matar



Juanito Bienvenida en un pase natural y en otro de pecho



Para que nada faltara en la Fiesta, hubo hasta su espontáneo



El arrastre de los novillos fué un arrastre motorizado

Ha terminado la fiesta, que resultó muy entretenida, y en que los matadores se lucieron y un grupo de soldados sacan en hombros a Juanito Bienvenida (Fotos Cifra Gráfica)





«Joselitos», a bordo del «Infanta Isabel de Borbón», momentos antes de desembarcar en Cádiz (Foto Serrano)

SUCESO fué éste, hasta ahora inédito, que merece ser conocido por nuestros lectores al cabo de los veintisiete años transcurridos.

Si como torero el inolvidable «Josecito» registró en su vida taurómaca brillantísimas páginas, como amigo de sus amigos siempre será recordado con grato placer, porque el desventurado lidiador no desaprovechaba la ocasión para entregarse a ellos con ilimitada generosidad.

«Mi mayor placer —le oímos decir en una ocasión— es convertir en amigo mío a un adversario.»

Eos que tuvimos la suerte de tratarle íntimamente podríamos citar muchos casos justificativos de su manera de pensar en tal respecto.

Si como artista sus dimensiones eran asombrosas, en el trafo particular era exquisito, y apenas el último recién llegado cruzaba la palabra con él, quedábase encantado de su corrección y de su ingenua charla.

Siempre se le veía en torero en todos los sitios, y, como «Guerrita», se enorgullecía de su arriesgada profesión, siendo un acérrimo enemigo del incógnito.

Así era José en todas las manifestaciones de su torera existencia, y por eso, los pocos amigos suyos que vamos quedando nos complacemos en recordarle, ofreciéndole como ejemplo digno de ser imitado.

En la colección de EL RUEDO, quienes aun no le hubieren leído, pueden hallar un repertaje referente a la única temporada que José hizo en América.

Su campaña en Lima de 1919-1920 fué un continuado triunfo, no olvidado aún por la afición limeña.

Cargado de laureles, y con el propósito de regresar a la Madre Patria, embarcó, rumbo a Valparaíso, el 13 de febrero del último citado año, en el vapor americano «Santa Luisa».

Seis días antes celebró su corrida-beneficio en la Plaza del Acho, novena de la temporada, con ocho toros del cruce del Olivar. Cedió el corrido en cuarto lugar, como alternativa, al diestro peruano Alberto Fernández, «Cachucha», quien también despachó al último astado.

En los seis que lidió José estuvo sencillamente colosal, toreando, banderilleando y matando, hasta el extremo de concedérsele cinco orejas!

En vísperas de embarcar, y como despedida, a beneficio de la Aviación, se celebró otra corrida con tres toros mejicanos de Piedras Negras, alternando con el susodicho «Cachucha» y con su compatriota Isidoro Martí, «Flores» «Josecito», en su cornúpeta, se portó superiormente, desorejándolo.

En la mañana siguiente se le hizo una cariñosa despedida por amigos, entusiastas y admiradores, a quienes dedicó recuerdos y fotografías firmadas.

TOREROS DE OTRA EPOCA

LA ULTIMA FIESTA ONOMASTICA DE «JOSELITO»

A su regreso de Lima se le dispensó en Cádiz un grandioso recibimiento

Ya en Valparaíso, donde llegó el día 19, el 21 salió para los Andes. Veinticuatro horas después tomó el tren, pasando la cordillera y quedándose encantado del pintoresco paisaje.

En Mendoza permaneció poco tiempo, siendo agasajado, presentándose en Buenos Aires el 23, esperándole el ganadero don Florentino Sotomayor y don Rafael Linaje, actual presidente del Consejo de Administración de la Sociedad Anónima Plaza Monumental de Madrid.

Cinco días más tarde, el 28, salió para España en el transatlántico «Infanta Isabel de Borbón». Hizo escala en Montevideo. Allí, donde se hallan prohibidas las corridas de toros, de secreta manera toreó y mató un novillo en una antigua placita situada en las afueras de la capital, acompañándole en la lidia de otros dos un distinguido deportista y el banderillero Gabriel Hernández, «Posadero», que acompañaba a José durante la larga travesía.

Reanudada ésta el 19 de marzo, felizmente llegó a Cádiz, no sin antes celebrarse a bordo del transatlántico una improvisada «corrida de salón», en la que, desde «Josecito» hasta el último pasajero, hicieron alarde de un gran humorismo.

El paso del gran torero por todos los citados lugares dejó una estela de enorme simpatía, y si grandes fueron las despedidas que se le hicieron, el recibimiento que se le dispensó en Cádiz tuvo caracteres de apoteósico.

El desembarco en la «tacita de plata», consternada hoy por reciente catástrofe, fué innarrable.

Millares de personas congregáronse en el muelle apenas se dibujó en el horizonte la silueta del buque.

Hallábanse allí, esperándole, sus hermanos. De San Sebastián acudió el famoso empresario don Sabino Veclayeta; el de Málaga, don Juan Martín, y el matador de toros Paco Madrid. De Sevilla, su hermano político Ignacio Sánchez Mejías; su apoderado, don Manuel Pineda; Juan Soto —representante e íntimo del

diestro—; el fotógrafo Serrano; el gran aficionado Juan Antonio Jacobo. De Madrid, el popular industrial, mentor del torero, don Joaquín Menchero; sus inseparables don Darío López y don Leandro Villar; el fotógrafo «Vandel», los populares revisteros don Alejandro Pérez Lugín, «Don Pío»; don Angel Caamaño, «El Barquero», y el más modesto de todos, quien estas retrospectivas líneas escribe; la mayoría de los enumerados, ya fallecidos.

Apenas divisó José a todos los citados, como a otros cuyos nombres lamentó no recordar, experimentó una gran alegría, y ya en tierra, acompañado de ellos y seguido de un inmenso gentío, se dirigió al hotel París, donde continuaron los saludos y los abrazos.

Fué el desembarco del célebre torero en Cádiz un suceso aun no olvidado y sin precedentes.

Celebrábase la festividad de San José, y todos esperábamos que «Gallito» se trasladara seguidamente a Sevilla para reunirse con sus familiares en tan señalada fecha.

Y fué en tal momento cuando, de manera espontánea, surgió el gesto de aquel hombre singular.

«¿No «habéis» venido de diferentes lugares, mis amigos —dijo José—, a recibirme? ¡Pues justo es —agregó— que pase el día de mi santo con vosotros!»

Y ante el reconocimiento de los presentes, terminó exclamando:

—¡Aun hay unos años por delante para pasar este día con los míos!

Presentáronse en este momento unos músicos lanzando al aire los compases del pasodoble «Gallito»; éste les obse-



Imponente aspecto del puerto de Cádiz, al atracar a su muelle el transatlántico que conducía a «Josecito» (Foto Serrano)

quió espléndidamente, y el inolvidable día transcurrió alegremente, hasta llegada la noche, en la que, el pobre, nos obsequió con una magnífica cena en uno de los mejores restaurantes, que le debió costar un respetable pico.

Con acompañamiento de lo que actualmente se llama ópera flamenca, duró la nocturna fiesta hasta la madrugada, y al siguiente día cada cual regresó a su punto de partida, sin sospechar, ni por lo más remoto, que a los dos meses escasos de la referida anécdota el famoso maestro de toreros se iba a dejar la vida en las astas de «Bailador», el toro que acabó con el mejor lidiador de todas las épocas.

Ahora que el interés taurino culmina en tierras americanas, a las que se llega en cuatro o cinco días, dominando los elementos atmosféricos, no es extemporánea la relación de este excepcional suceso, que retrata el temperamento del famoso matador de toros, cuya desaparición sigue lamentándose por los buenos aficionados.

¡Su última fiesta onomástica la celebró con sus amigos, impidiéndole la tragedia talaverana hacerlo en lo sucesivo con sus familiares, porque su Destino así lo tenía dispuesto!

DON JUSTO

POR ESPAÑA Y AMÉRICA

Homenaje a los hermanos Marín en Tudela. - Se casa Pedro Robredo. - Mariano Rodríguez se ha retirado del torero. - Carlos Arruza triunfó en la corrida de su reaparición en Méjico. - Se despide como novillero el ecuatoriano Edgar Puentes. - "Morenito de Talavera" regresa a España. - En honor de don José María de Cossío. - Según Radio Moscú, "Manolete" fué fusilado

El pasado jueves, día 4, con motivo de la festividad de Santa Bárbara, se celebró en Puertollano un festival taurino. Se lidiaron cuatro novillos de Casado hermanos. «Parritas» y Antonio Caro fueron muy aplaudidos. Agustín Díaz, «Michelín» y Julio Aparicio cortaron orejas y rabo. Al poner un par de banderillas, resultó cogido el peón Antonio Chalmeta. Sufrió un puntazo en la parte superior del muslo derecho. La herida fué calificada como de pronóstico reservado. Chalmeta fué trasladado a Madrid.

—El sábado, día 6, organizado por la Fábrica Nacional de Armas, se celebró en Toledo un festival taurino. Manuel Escudero, «Choni», Luis Mata, Antonio Caro y Alipio Pérez Tabernero cortaron orejas.

—En Tudela se celebró un homenaje a los hermanos Julián e Isidro Marín. Asistieron más de 200 personas. Pronunció una charla el crítico de Radio Nacional de Barcelona Julio Gallego Alonso, que habló sobre «Personalidad y muerte de «Manolete» y la templanza navarra de los hermanos Marín». El conferenciante fué muy aplaudido y se hicieron votos por que los hermanos Marín continúen alcanzando éxitos en sucesivas temporadas.

—El próximo día 7 contraerá matrimonio en Bilbao con la señorita Julia Garay Alonso el matador de toros Pedro Robredo. Por este motivo, Robredo ha suspendido su viaje a Suramérica, para el que ya tenía billete en un avión.

—Mariano Rodríguez, «El Exquisito», se ha retirado del torero. Mariano Rodríguez fué un torero muy fino que llegó a la alternativa, renunció a ella y toreaba últimamente como banderillero.

—El domingo, día 7, hizo su presentación en la Plaza de El Toreo, de Méjico, Carlos Arruza. Alternó con Fermín Rivera y Antonio Toscano. Después de hacer el paseo, Carlos Arruza se vió obligado a dar dos vueltas al ruedo. Se lidiaron toros de La Punta, que dieron buen juego. En su primero toreó Carlos Arruza muy bien con el capote y bregó acertadísimo para colocar en suerte al toro. Hizo faena muy inteligente y torera y mató bien. Cortó la oreja y dió dos vueltas al ruedo. El segundo toro que le correspondió llegó quedado al último tercio. Arruza obligó al toro, y pisando siempre el terreno de su enemigo, hizo faena magnífica en la que hubo unos naturales colosales. Mató de una entera, cortó las dos orejas y dió la vuelta al ruedo. Rivera dió la vuelta al ruedo en el segundo y estuvo bien en el quinto. Toscano no pasó de discreto.

—En Quito (Ecuador) se celebró una novillada

En «Villalobillos», y en tierras de Córdoba, efectuó el herradero de treinta y cinco reses el prestigioso ganadero don Angel Ligeró.

Con tal motivo, los tres niños mimados de la afición cordobesa: José Moreno, «Joseletes»; Rafaelito, «Lagartijos», y Martorell, a quienes se soltaron doce bravísimas vaquillas, lucieron sus respectivos repertorios de capa y muleta, siendo felicitados por distinguidos aficionados de Córdoba y Jaén, entusiasmados ante las emocionantes faenas de los «chavales».

«Joseletes» (que, en verdad, es el novillero que despertó más interés esta temporada en la «alegre chata» de Vista-Alegre), proseguirá su entrenamiento en Salamanca, una vez pasadas las Navidades.



Mariano Rodríguez



José María de Cossío

en la que se despidió el torero local Edgar Puentes. Este y el aficionado José María de la Plaza estuvieron muy bien. Una comisión regaló a Puentes el capote de paseo que lucirá el próximo día 14, en la corrida que se celebrará en Méjico y en la que tomará la alternativa de manos de Luis Procuna.

—En Melilla se celebró un festival con reses de Zaballos. El duque de Pinohermoso cortó una oreja. Domingo Ortega cortó dos orejas y rabo. «Gallito» fué ovacionado, así como «Andaluz», «Parrita» y Paquito Muñoz. Presidieron bellas señoritas, que fueron asesoradas por Rafael «el Gallo», Paco Madrid y don Gregorio Corrochano.

—El domingo, día 30 de noviembre, fué inaugurada la temporada de novilladas en Lima. Se lidiaron novillos de La Viña. «Gitaniño de Triana Chico» estuvo muy bien y cortó las dos orejas de su primero. «Morenito de Talavera Chico», que se lució en el segundo, cortó las dos orejas y el rabo del quinto. El negro peruano Rafael Santa Cruz, muy bien toreando y flojo con el estoque.

—Se anuncia la llegada a España de Emiliano de la Casa, «Morenito de Talavera». El gran matador se hirió con un estoque en una mano durante la celebración de un festival en Lima y se produjo una herida grave en cuatro dedos. Llega a España para someterse a los cuidados necesarios y no quedar inútil del miembro lesionado. Celebraremos un total y rápido restablecimiento.

—El próximo día 13, el Club Taurino Madrileño obsequiará con una comida a su presidente honorario don José María de Cossío, recientemente nombrado académico de la Real Academia de la Lengua.

—El pasado domingo, día 7, se celebró en Cartagena una novillada. Se lidiaron reses de Ismael Ros. Luis Rivas fué aplaudido en uno y cortó la oreja del otro. Pepe Blázquez, bien en los dos.

—En Algeciras, el día 8, se celebró un festival organizado por el Regimiento de Infantería número 15. El rejoneador Joaquín Pareja cortó la



Rafael Llorente, convaleciente de la grave cogida que sufrió en Barcelona, entretiene sus horas en la clínica leyendo «EL RUEDO» (Foto Valls)

oreja. Pepe Luis Vázquez dió la vuelta al ruedo. José Ignacio Sánchez Mejías, vuelta al ruedo. «Choni», dos orejas y rabo, y Rafael Martín Vázquez fué aplaudido.

—En Bilbao han sido embarcados ocho toros de la ganadería de Antonio Sánchez, para la primera corrida que se celebrará en Buenos Aires. Se cree que participarán en dicha corrida «Rovira» y Luis Miguel Dominguín.

—Comunican de Gibraltar que, según Radio Moscú, «Manolete» fué fusilado por una actuación desafortunada en Linares. Añade la descabellada información que, por ser la Fiesta de toros de tipo nacionalista, «el salvaje espectáculo de las corridas de Madrid lo preside Franco, y en provincias los generales. Estos castigan desde la presidencia las faltas de los toreros cobardes o malos artistas con multas e incluso con la muerte». A tal efecto da los nombres supuestos de toreros desconocidos que han sido condenados a muerte por cobardes, e insiste en que «Manolete» fué fusilado.

—Se anuncia que las corridas de Castellón darán comienzo este año el próximo 28 de febrero.

—Organizado por los Regimientos de Saboya y Wad-Rás, como uno de los festejos celebrados con motivo de las fiestas de la Purísima, Patrona de la Infantería, se corrió el martes, día 9, una becerrada en la Plaza de Toros de Vista-Alegre. Se lidiaron reses de Antonio Gómez. «Albaicín», Pepe, Angel Luis y Juan Bienvenida cortaron orejas y fueron ovacionados.

—Ayer, día 10, comenzó sus trabajos la Asamblea de Médicos de Enfermerías de Plazas de Toros, en la que se acordarán las propuestas que han de ser elevadas a la superioridad para conseguir la mejor instalación y dotación de las enfermerías. Dicha reunión fué convocada por el doctor Jiménez Guinea.

—El próximo sábado inaugurará su curso de conferencias el «Club Taurino Madrileño», establecido en el número 4 de la calle de la Victoria.

El competente crítico taurino don Lucas González Herrero disertará sobre «Las viejas Plazas de toros madrileñas».

La entrada es pública.

S. B.

Un número de «Selecciones» dedicado a la memoria de «Manolete»

—La revista «Selecciones», editada por Escritores Noveles de España e Hispanoamérica, ha publicado un interesante número dedicado a la memoria de «Manolete», «el artista inolvidable», según la dedicatoria que aparece en la portada, y en homenaje de admiración a la Fiesta Nacional.

Es una interesante selección de artículos y fotografías, en las que late un espíritu de generosidad y de simpática ambición juvenil, en que, no sólo se contienen observaciones sobre la Fiesta de los toros, muy atinadas, sino que abarca otros ensayos literarios merecedores de consideración.

En más de ochenta páginas aparecen en «Selecciones», dirigida por Arsenio Pardo y con una aportación taurina de Pablo Lapuente, interesantes trabajos de colaboración, en prosa y verso, y fotografías y dibujos elegidos con buen arte periodístico.

Este número de «Selecciones» merece un sincero elogio y un cálido aliento para los noveles que lo han escrito y confeccionado.

EL ARTE
Y LOS TOROS

IGNACIO PINAZO

O EL
VIRTUOSISMO
PICTORICO

TIEMBLA la pluma del crítico cuando en esta cita y enumeración de la obra y la figura de los artistas españoles ha de colocarse ante un valor indiscutible y señero de nuestra pintura. Y tiembla y vacila igualmente el pulso, porque, acostumbrado a comentar la obra de los pintores del día, siente como una emoción profunda e incontenible al evocar la producción de aquellos genios directrices que pasaron por la vida y el arte, llenándolo de notoriedad y prestigio.

Cuando Ignacio Pinazo Camarlench realiza, lleno de entusiasmo y de fe, su primera obra digna de merecer, a su juicio, la pública opinión del mundo y de la crítica, titulada «La caridad», premiada en Barcelona, ya la colosal figura y personalidad del artista estaba hecha y desarrollada. Y estaba en pleno auge, en sazón, en su fruto más espléndido y maduro, porque Pinazo Camarlench nació pintor por una de esas predisposiciones innatas frecuente en no pocos temperamentos artísticos de nuestra Patria. Así, no extrañará que su dedicación retrasada germinara espléndida, sin que una previa gestación preparatoria de su obra pronosticara las indiscutibles bondades pictóricas que avalaban desde un principio su numerosa y rica producción.

Cuando llega por vez primera a Roma, peregrinación ilusionada e inherente a todo artista de su época, Pinazo no hace sino confirmar su punto de vista estético del arte, pero ya con un concepto propio y privativo de la pintura. En Roma, más que otra cosa, estudiará a los grandes maestros, para, conocedor de las dificultades y modos de vencerlas, poder brindar con su obra un camino que, sin separarse de las líneas directrices que señalan los firmes pilares del arte, señale derivaciones o nuevas rutas que vinieran a consolidar el gran monumento indiscutible de nuestra pintura.

Corren los días finales de 1874 cuando Pinazo Camarlench arriba por vez segunda a la Ciudad Eterna, la de los Césares, de los emperadores y de los Papas. El artista está en ese momento crucial y trascendente en que ha de definirse su actitud pictórica. Todavía, como una representación del siglo, la escuela romántica, con su secuela de falsedad temática, está en auge, y todo lo que signifique romper la línea divisoria que señala cierto academicismo; se antojaba una revolución, un atentado a los principios clásicos, que precisamente combatía la influencia renovadora del sentimiento. Sin embargo, el naturalismo, escuela subsiguiente, se anunciaba ya con pronósticos de afianzamiento. Mas no olvidemos que Pinazo es valenciano—ha nacido en la bella ciudad del Turia el 11 de enero de 1849— y que, por tanto, lleva grabada en sus pupilas marineras la luz, el color y el deslumbrante sol mediterráneo, ese mismo sol que brillará en la obra de Domingo Marqués, Cecilio Plá y Joaquín Sorolla. Tal vez la luz mediterránea de la Italia, donde algún tiempo viviera, influyó en sus nostalgias, y, huyendo presuroso de lo falso y convencional de una pintura de historia que nada venía a resolver ni a aclarar en el agobiador problema temático, se colocó alborozado ante la realidad viviente de la Naturaleza,



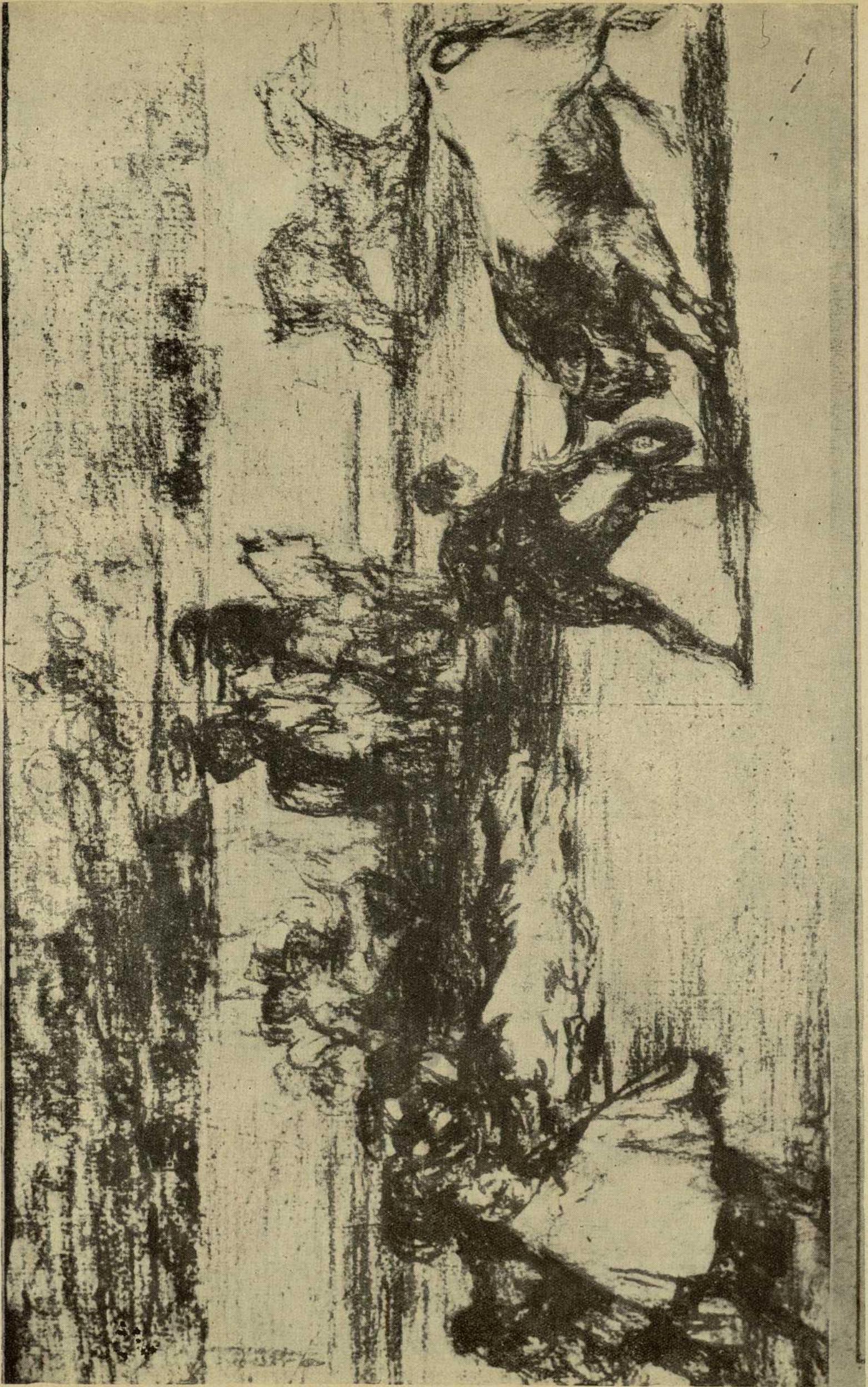
«Toreros», por Ignacio Pinazo Camarlench.
Tabla pintada en 1881

donde la luz, en un rompiente de arco iris, se quebraba en su paleta multicolor y prodigiosa, llamada a plasmar la real y divina ensoñación de los áureos reflejos y de los cambiantes del campo, del mar o de los cielos.

Pinazo Camarlench es sobrio, certero y hábil en la pincelada. Seguro y firme, sin vacilaciones y titubeos. Como buen impresionista, no se deja sugerir o seducir por el amaneramiento y por el retoque, por la obra pulida y amanerada, por la sobona insistencia delatadora de falta de inquietud. Su vehemencia y nervosismo creador le hace huir de todo detalle superfluo o innecesario. Usa, no abusa de la pincelada. No se excede ni se retrae en el empleo de la línea. Pinazo busca el efecto, y encuentra ese efecto justo y certero que, sin detenerse en la meticulosa exactitud cromática del modelo. Pinazo no perdía el tiempo pintando. Cada pincelada es un efecto. Díjase avaro y al mismo tiempo pródigo del color. Avaro para el uso, pródigo para el resultado luminoso y colorístico.

Tan afincada lleva en su alma y en su espíritu, en su corazón y en su temperamento a su Valencia natal, que, sin sentirlo y sin proponérselo, toda la escuela levantina asomaba a su obra eminentemente mediterránea. Como una catarata luminosa brotaba el color de su paleta, y su afán creativo le llevó a hacer numerosa su obra. Todo lo recogían sus ojos inquietos y soñadores de artista. Por recoger, llevó a una tabla ese graciosísimo torero que ilustra esta plana, realizada con una gran maestría, con una soberbia ejecución, que nos recuerda lo mejor de la obra de Fortuny.

Por su significación inextinguible en el arte, por su maestría pictórica y por la dedicación que prestó al tema taurino, recordemos hoy emocionados al gran pintor Ignacio Pinazo Camarlench, y que nuestro recuerdo tenga los caracteres de un modesto, pero sentido y devoto homenaje.



«Un espadador sirviéndose de un sombrero a guisa de muleta». Dibujo de Goya. (Una de las cuatro planchas inéditas, ampliatorias de «La Tauromaquia»)



Tomás Mealla

José Redondo, «Chiclanero».—El pase de pecho